

LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VIII
N.º 313

BUENOS AIRES, 30 DE SEPTIEMBRE DE 1929

El ejemplar
20 Centavos

PORTE PAGO



—El comercio exterior del país acusa una prosperidad general; el gobierno, como intérprete de ese bienestar, gasta sumas enormes en preparaciones militares... pero en los zaquizamis de las grandes urbes la desocupación y la miseria hacen estragos.

NOTAS Y COMENTARIOS

G. HENRIKSSON HOLMBERG

A los sesenta y cinco años de edad ha muerto el 23 de julio, en Stockholmo, G. Henriksson Holmberg, un nombre que no ha pasado en vano por la vida y que ha dejado a la causa de la emancipación del trabajo y de la libertad un respetable testamento ideológico. Del radicalismo liberal del 80 al anarquismo, Holmberg ha buscado y encontrado el camino de sus aspiraciones más íntimas. Pertenecía a los escritores más respetados del movimiento libertario sueco, del que fué uno de los creadores en ocasión de la escisión de los jóvenes socialistas, nombre que llevan todavía los anarquistas de Suecia.

La colaboración de Holmberg a la prensa social ha sido amplia y sostenida, y su esfuerzo intelectual ha quedado fijado en varios libros, el último de los cuales, "Anarchismen, dess grundtext", ha sido publicado el año pasado por la editorial Brand. Murió, pues, en la brecha.

Se citan estos otros folletos y libros suyos: "Landsarbetaren", 1914 (edic. de 20.000 ejemplares); "Sverges tjaenare och tjaenarinnor. Deras vara eller icke vara", 1916; "Takt och raett"; "Syndicalismen, dess vaessen, teori och taktik" (edición de 10.000 ejemplares); "Nils Herman Qviding, en 1870 - 1886"; "Syndicalismen i praktiken", etc., etc.

En ocasión de viajes de estudio ha conocido en París a Eliseo Reclus y visitó en Londres a menudo, con el profesor Gustav Steffen, a Kropotkin. En Berlín estudió las ideas económicas de Eugen Duehring, de las cuales se hizo introductor como conferenciante en Suecia.

EL CAPITALISMO MODERNO

No nos cansaremos de repetir que el capitalismo moderno se distingue del viejo capitalismo y que hemos entrado en una fase de más refinada explotación y dominación del hombre por el hombre. Para el proletariado es una época de brutal empeoramiento de su situación; para el capitalismo es un esfuerzo gigantesco que le permite sostener sus posiciones contra

los factores de disgregación internos y externos que le amenazan. Cuando llegue a la conciencia de todos los trabajadores la noción exacta de las nuevas realidades, quizás surja la inclinación a superar los viejos métodos de resistencia y de lucha y a examinar la necesidad de racionalizar mejor la acción revolucionaria. También nosotros necesitamos racionalizarnos, suprimir esfuerzos inútiles, concentrar y dirigir mejor las energías hacia los lugares que más ventajas prometan.

Como en otras ocasiones, señalemos con hechos estas tres tendencias:

La concentración capitalista en el sentido de la sustitución del capitalismo privado por el capitalismo colectivo;

El acrecentamiento de las ganancias capitalistas;

La disminución de la mano de obra necesaria para un aumento de la productividad.

Sobre lo primero no hay más que echar una ojeada a los cotidianos burgueses. No hay día que no se informe de alguna nueva fusión o combinación industrial o comercial o financiera.

El famoso trust europeo del acero, a iniciativa de los alemanes, ha debido resolver días pasados en Viena la organización de una institución central de ventas, la cual haría más eficaz la dictadura económica del trust en la venta de sus productos. Los industriales belgas, franceses y luxemburgueses, al principio reacios a esa centralización, parece que acabaron por reconocer sus beneficios.

El First National Bank of Boston y la Old Colony Trust Company aprobaron las bases de una fusión, para la cual sólo falta el visto bueno de los accionistas. El capital combinado ascenderá a 700 millones de dólares.

Ese proceso de centralización de empresas afines y de despersonalización, es decir de tránsito del capitalismo privado al capitalismo colectivo, característica del momento en que vivimos, afirma el dominio de la explotación del hombre por el hombre y crea un ambiente propicio a todas las servidumbres, por consiguiente propicio también a todas las tiranías.

En cuanto al segundo punto, el de las ganancias del capital, no hay empresa de grandes dimensiones que no señale aumentos de sus ingresos de un ejercicio a otro. La United Steel Corporation tuvo en el primer semestre del año en curso 96.011.290 dólares de ganancias, habiendo sido las del mismo semestre del ejercicio anterior de 47.200.629 dólares.

La compañía de tranvías Anglo Argentina de Buenos Aires tuvo el año 1928 1.026.000 libras esterlinas de beneficios líquidos, habiendo transportado 570.079.000 de pasajeros, contra 560.747.000 en 1927. No obstante la gran competencia de los ómnibus y demás, los negocios no van del todo mal para esa empresa.

Y así sucesivamente. Tómese el que quiera el trabajo de revisar los balances de las grandes compañías industriales y comerciales y financieras y constatará que el capitalismo no ha conocido tiempos mejores.

A esa situación brillante ha contribuido en primer lugar la mecanización del proceso productivo. Un telegrama de Washington del mes pasado se vanagloria de que en el primer semestre del año en curso los Estados Unidos vendieron al exterior maquinarias e implementos rurales por valor de muchos millones. Canadá compró máquinas agrícolas por valor de siete millones y medio, la Argentina por más de cinco millones y medio de dólares. Para la Argentina vinieron en primer lugar tractores. Es decir, que la agricultura se industrializa de día en día y con ello no hace más que seguir la ruta de la industria: la conquista de un mayor rendimiento productivo con gastos cada vez menores y un empleo de mano de obra cada día más reducido. Un arado arrastrado por un tractor y servido por dos hombres sustituye por lo menos a 13 arados a mano con 26 caballos y 13 labradores.

Una empresa de Neustadt en Turingia ha adquirido no ha mucho, por 10.000 marcos, una máquina trituradora, servida por tres obreros. Con esa máquina hace diez veces más producción que antes con los obreros, motivando el despido de 65 trabajadores. En un solo día esa máquina ahorra en salarios lo que cuesta en todo un mes su funcionamiento.

De estos casos se pueden citar millares.

Volviendo al proceso de concentración capitalista, se citan para el año 1928 27 nuevos kartells o asociaciones monopolistas, entre ellas las de alambres y tejidos de hierro, de hojalatas, de tornillos y tuercas, de relojes de bolsillo, de herrajes para muebles, de implementos para carnicerías, etc., etc. Siete kartells existentes renovaron sus contratos.

En esas cifras no se incluyen más que las

concentraciones dadas a conocer; faltan, claro está, las que se operaron clandestinamente para engañar mejor al público. El objeto de los kartells es aumentar los precios cuando la coyuntura es buena y estabilizarlos cuando es mala. Es decir, la implantación de una dictadura de precios en el mercado. Importaría poco al capitalismo moderno, si fuese necesario, hacer concesiones a los obreros en tanto que productores; si conservan el dominio dictatorial de los mercados, es decir de los precios, sus beneficios no serían reducidos. De ahí que nosotros insistamos en llamar la atención sobre la urgencia de una defensa de la vida proletaria desde el terreno del consumo.

FRANCESCO GHEZZI

En la prensa anarquista internacional se ha dado a conocer con unánime protesta la noticia del arresto y destierro a Siberia de Francesco Ghezzi, el anarquista italiano refugiado en Rusia desde 1922, después de varios años de vida agitada en Italia, Suiza, Francia y Alemania. En nuestro diario hemos reproducido los artículos de Lazarevitch, Jacques Mesnil y Hugo Treni, donde se traza el retrato moral de Ghezzi y se narran detalles de su vida de batallador y de militante anarquista. Nuestros compañeros saben a través de esos relatos sobre este camarada lo suficiente para considerarlo digno de ser salvado de las garras vengativas de los bolchevistas, aun al precio de todos los sacrificios.

Hemos conocido a Ghezzi y conservamos de él un recuerdo imborrable, el recuerdo que dejan en el espíritu todos los compañeros de alma noble y de carácter solidario y generoso con quienes tropezamos en la vida. Aunque sólo de tarde en tarde nos llegaban indirectamente noticias de su existencia en Rusia, teníamos la plena seguridad de que no era uno de esos arrivistas a quienes algunas promesas bastan para hacer cesión de sus ideales. En Ghezzi las ideas libertarias formaban una especie de segunda naturaleza, o más bien eran algo innato en todo su ser moral.

A la sola idea de su posible desaparición, como Kogan y tantos centenares más de compañeros nuestros en las prisiones bolchevistas, nos estremecemos de horror. ¿Fue para eso por lo que hemos luchado en 1922, junto con los comunistas, cuando el gobierno de Mussolini pedía al gobierno alemán su entrega? Se ha podido librarlo de la muerte en manos del fascismo italiano y lo hemos entregado, por mediación de Radek, al gobierno ruso, considerando eso como un triunfo. ¿Es que no hi-

timos más que cambiar el verdugo y la insignia bajo cuya invocación habría de sucumbir?

A estas horas en realidad no sabemos ya si Ghezzi vive o no. Algunos compañeros rusos creen que ha sido asesinado por los verdugos bolchevistas. De cualquier modo, muerto o vivo, los anarquistas del mundo entero debemos imponernos como supremo imperativo del momento el rescate de Ghezzi o una campaña sistemática para quitar la careta a sus asesinos.

Si lo olvidásemos, no sería ya sólo complicidad la nuestra en su triste destino, sino renuncia vergonzosa y humillante que nos inhabilitaría moralmente para reivindicar el derecho a la existencia como movimiento social de justicia.

EL COMADRERIO

En todos los tiempos hubo en el campo revolucionario luchas intestinas de una intensidad incomprensible. Entre la mayoría de los llamados socialistas utópicos existió una guerra sin cuartel, una declaración permanente de exterminio. Siguió el fenómeno entre socialistas autoritarios y libertarios y simultáneamente entre los adeptos de cada una de esas tendencias. Un cuadro, un botón de muestra nos lo ofrece Rudolf Rocker en la vida de Most, que todos los anarquistas debieran leer para deducir las necesarias enseñanzas. Esas luchas intestinas degeneraron muy a menudo en vulgar comadrerío. Comadrerío fué el de Marx-Engels-Lafargue-Utin contra Bakunin y los anarquistas, y comadrerío es el que cercena y debilita las filas del anarquismo en esta hora más que nunca.

Las pequeñas divergencias de ideas con que se encubrían antes esas disputas y esas luchas, han dejado el puesto al chismorreio franco, al personalismo odioso, a las ambiciones y prevalencias de capilla. No se puede dar un paso sin tropezar con el espectáculo amargo de ese bizantinismo, y no sólo en el terreno local o nacional, sino también en el internacional. La mayor parte de las actividades de nuestros compañeros se gasta en combatir al compañero A o al compañero B y en defenderse contra las intrigas y los chismes de C. y de D. El entusiasmo proselitista, la difusión noble y generosa de las ideas son cosas más bien de los libros de historia, algo que se admira como propio de un pasado lejano, pero que no nos compromete a nada en el presente.

¡Cuidado! El comadrerío es una enfermedad mortal. No se debe emplear esa arma ni siquiera contra los adversarios más extremos de la reacción, pues una vez en uso, hoy puede dirigirse contra el tirano más odiado, pero como

la función crea el órgano, mañana podemos caer nosotros mismos víctimas de ella. El comadrerío y la lucha revolucionaria se repelen como dos polos opuestos.

Es verdad que, frente a todo un movimiento que tiende a sumergirse en el pantano del chismorreio, queda el recurso de salvar la propia individualidad en el aislamiento y en la acción puramente personal; pero hablaría muy mal de la bondad de nuestros esfuerzos educativos el abandono forzoso de un movimiento que suponemos herramienta apropiada para afirmar las ideas de libertad y de justicia; abandono motivado por la necesidad de salvar la propia conducta moral frente a una degradación colectiva.

Tenemos confianza, sin embargo, en la existencia de suficientes hombres sanos en nuestro movimiento para iniciar, que ya es hora, la obra de saneamiento y de superación que vemos propiciando con tan poca fortuna desde hace años. ¡Cuidado con el comadrerío, compañeros, que puede ser nuestra ruina!

EXPERIMENTALISMO

El que no obra como piensa, no piensa completamente, dijo un filósofo francés. Parodiando esa frase podemos decir que los que no se esfuerzan por ajustar su conducta práctica a sus ideas es que no tienen bastante confianza en ellas.

El movimiento social moderno nació con tendencias irreprimibles a la experimentación, ajustándose en eso al espíritu científico, que no quiere afirmar sin probar. Diversos motivos, en parte también un absolutismo napoleónico, exclusivista, hicieron que la tendencia a la experimentación social se interrumpiera casi por completo. ¿Ha sido un bien? ¿Ha sido un mal? Ahí están los hechos. La realidad nos dice que en el camino de la revolución nos falta casi todo el trecho por andar. Con esto no queremos decir que lo hecho ha sido inútil. Decimos sólo que vivimos aun en pleno capitalismo y en pleno estatismo, quizás en el retorno a una nueva edad media, y que la mejor demostración de la verdad de una idea es la que surge de la experimentación, de su contacto con los hechos, con las dificultades prácticas.

En estos últimos tiempos vemos una reanimación de la idea experimental, acariciada por Nettlau, Landauer y algunos otros, expresión del más alto no-conformismo y de la más irreductible inadaptación a las condiciones existentes.

El quincenario individualista francés, "en dehors", redactado por E. Armand, tiene co-

mo programa de realizaciones inmediatas:

"Asociación de relaciones económicas. Cambios de productos entre consumidores-productores de las ciudades y productores-consumidores de los campos sin pasar por ningún intermediario.

"Ambiente de afinidades desde la compra o el alquiler de una casa o de un terreno en un suburbio de gran ciudad (para encontrarse allí semanal o diariamente), hasta el alquiler o la adquisición de terrenos o de casas en plena campaña, sea que cada uno (individuo, familia de elección, grupo de afinidad de efectivo restringido) viva en su parcela, en su alojamiento particular, sea que tenga existencia en común.

Sindicatos o asociaciones de irregulares del trabajo. Rebusca de ocupaciones o de tareas apropiadas. Relaciones con camaradas dispuestos a proporcionar informes sobre el trabajo o a albergar los pasajeros.

"Asociaciones para el estudio de las cuestiones de educación en un sentido anarquista. Libros, métodos, "escuelas".

"Asociaciones para el estudio de las cuestiones de educación y de ética sexuales. Tesis de la "camaradería" o "pluralidad amorosa", considerada como un aspecto de la felicidad individual, como factor de camaradería más eficaz".

Podremos hacer la crítica que querramos a los puntos que anteceden, como se puede hacer la crítica que se quiera a nuestros propios postulados o sugerencias; a lo que no hay derecho

es a desterrar de la ideología y del movimiento anarquista ninguna posibilidad de afirmar en el individuo o en el grupo social la necesidad de una vida libre, de una convivencia voluntaria. Cada cual por su camino, sólo la práctica nos dirá quien se ajusta más a la razón y quien obra con más eficacia en pro de la causa común.

WILLIAM C. OWEN

Otra pérdida deplorable acaba de experimentar el movimiento anarquista en la persona de William C. Owen, muerto a los 75 años en un hospital de Worthing, Inglaterra, el día 9 de julio del año en curso. Oriundo de la India, trabajó muchos años en los Estados Unidos y desde hacía ya tres lustros vivía en Inglaterra, colaborando asiduamente en "Freedom". Los lectores españoles pueden recordar su nombre como redactor de la sección inglesa de "Regeneración", el vocero de Ricardo Flores Magon en Los Angeles, Cal.

Entre los libros y folletos que deja, sin contar su larga colaboración en la prensa anarquista y obrera de habla inglesa, citemos: "The Economics of Herbert Spencer", "Crime and Criminals", "Anarchism versus Socialism", "England monopolised or England Free?", "Set my people free", etc.

Se distinguía Owen por sus vastos conocimientos de la cuestión agraria y era uno de los que, en el movimiento libertario, daban más importancia a la lucha contra el monopolio de la tierra.

Una obra de información y de cultura revolucionaria

"La Protesta,"

Diario de la mañana

Fundado en 1897

Crítica informativa diaria. La actitud de los anarquistas ante los diversos problemas económicos, políticos y sociales cotidianos.

Informaciones directas sobre el movimiento obrero revolucionario del país y del extranjero.

Colaboradores en los diversos países.

El número suelto: 0.10 cts.

Suscripción mensual, incluso el SUPLEMENTO quincenal, \$ 2.50.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA A NOMBRE DE MARIANO TORRENTE: - CALLE PERÚ N.º 1537. - BUENOS AIRES - REPÚBLICA ARGENTINA

LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

Fundado en 1921

Concreta en sus 32 páginas el pensamiento anarquista internacional. Los más brillantes escritores del anarquismo colaboran en él. Publicación de historia, crítica y exposición de las ideas anarquistas. Literatura, arte, resumen bibliográfico.

El número suelto, \$ 0.20 cts.

Suscripción trimestral, \$ 1.50.

Annual, \$ 5.—

EDITORIAL

"La Protesta"

Fundada en 1922

Una obra de cultura revolucionaria y no una empresa comercial. Es el primer ensayo anarquista para la edición sistemática de la propia literatura.

Todo obrero deseoso de cultivar su espíritu encontrará en nuestras ediciones algo que le interesará. — Solicitense catálogos. Se atiende cualquier pedido de libros y folletos.

D. A. DE SANTILLAN

La anarquía y las diversas soluciones posibles al problema económico

(Temas del segundo congreso anarquista regional)

Si no queremos admitir el monopolismo en el campo de los partidos y movimientos sociales, es decir si no queremos reconocer la exclusividad en la posesión de la verdad a ninguna fracción revolucionaria, no podemos, lógicamente, admitir en el anarquismo una modalidad única, una solución universal y valedera para todos los hombres y todas las circunstancias. Conscientes de la variedad infinita de la vida y partidarios de la libre expansión de todas las fuerzas vitales, debemos desconfiar por principio de toda uniformidad, de toda standardización, de toda expresión tipo y modelo.

Nuevamente es preciso repetir que la palabra final tiene que pertenecer a la libre experimentación y que los hechos mismos de la vida práctica deberán decirnos cuál de las formas de la anarquía en la organización de las relaciones económicas es la que más responde a la naturaleza humana, y a las posibilidades de cada momento. Quizás en lugar de un sistema económico dado triunfe una combinación de los diversos sistemas propuestos o bien alguna otra forma todavía no descrita o no reconocida de relaciones. Lo esencial para nosotros será siempre la libertad, la supresión de todo dominio del hombre sobre el hombre, la asociación voluntaria y la cooperación libre.

Los últimos cuarenta o cincuenta años de propaganda libertaria se caracterizan por el predominio casi exclusivo de una sola hipótesis económica, la del comunismo. Generalmente se admite con la fórmula del comunismo anárquico que se ha llegado a la meta de la perfección, a la última palabra de la creación ideológica anarquista, considerando toda reivindicación de otras modalidades de convivencia económica, de arreglo de la producción, del cambio y del consumo como anacronismos que no admiten discusión o como desviaciones de la buena ruta, expuestas a todas las condenaciones y excomuniones.

No queremos decir que el comunismo sea un mal sistema; personalmente nos parece de una belleza deslumbradora, aparentemente la solución que sigue la línea del menor esfuerzo; incluso es la más accesible a la mentalidad perezosa del gran número y parece la llamada a atraer siempre a las grandes masas que rompen el yugo de la servidumbre voluntaria. Pero por sugestivo que esa el sistema del comunismo libre, desearíamos reservarnos un cierto margen a fin de ensayar, en algunos aspectos de la vida, formas diversas, individualistas, colectivistas, mutualistas, — de arreglos económicos.

Sobre todo, como sabemos que las mentalidades difieren, que los temperamentos de todos los hombres no son los mismos, que las condiciones y los ambientes son variados, que las posibilidades no son en todas partes idénticas, queremos reconocer desde ya la libertad plena de experimentación económica, siempre que esté basada en la superación del capitalismo y de la explotación. Y como base de esa experimentación eventual, necesitamos reconocer hoy mismo el derecho a la existencia a todas las soluciones económicas de libertad que puedan presentarse, en lugar de romper automáticamente toda solidaridad ideológica y práctica con aquellas que difieren de nuestra interpretación especial.

La historia del socialismo moderno tiene capítulos sobre el apasionamiento con que lucharon un día colectivistas y mutualistas por el predominio de los sistemas respectivos, sobre la casi ferocidad con que lidiaron colectivistas y comunistas, comunistas e individualistas en el transcurso de los años. Períodos enteros de propaganda tienen por base las luchas internas por razón de la diversidad de hipótesis económicas. Estando todos de acuerdo sobre la finalidad a alcanzar: la libertad, la anarquía, se ha reñido en los periódicos y en los hechos, hasta con el cuchillo entre los dientes, por la prevalencia de ésta o de la otra hipótesis.

El triunfo teórico correspondió al comunismo. Pero ese triunfo se debe más al factor personal, la influencia extraordinaria de Kropotkin, que al reconocimiento definitivo de la superioridad de ese sistema. Mientras vivió Proudhon, este escritor genial ha sabido mantener sólidamente la solución mutualista, y la prueba de que sus argumentos no se debilitaron todavía nos la acaba de ofrecer Clarence L. Schwartz en su libro *What is mutualism?* (Vanguard Press, New York, 1927, 238 págs.), donde se esboza una vida sin autoridad política y sin monopolismo económico en la cual todo anarquista encontrará las líneas fundamentales de sus aspiraciones. Bakunin, el principal intérprete del colectivismo anárquico, no estaba tan versado e interiorizado como Proudhon en cuestiones económicas y encontró en el colectivismo una forma de convivencia más simple y comprensible. Nosotros atribuimos el relativo olvido de Proudhon más que a otra cosa a la poca preocupación de los revolucionarios por los estudios económicos, lo cual les hizo espiritualmente inaccesibles para las proposiciones proudhonianas.

De cualquier modo la historia del pensamiento so-

cialista nos ofrece el destronamiento de Proudhon por Bakunin en el campo del socialismo libertario, el destronamiento luego de Bakunin por Kropotkin, y casi el destronamiento de Kropotkin, antes de la guerra, por el sindicalismo revolucionario. No se destronó enteramente a Kropotkin porque hubo de su parte, en líneas generales, hombres de gran capacidad, en un grado que no los hubo entre los sucesores de Proudhon y entre los contemporáneos de Bakunin, que supieron conservar el comunismo libre contra las tentativas de suplantación por el sindicalismo revolucionario. Así pues las nuevas generaciones han sido educadas en algunos folletos comunistas anarquistas y en una fraseología que se repite rutinariamente y a la que, naturalmente, le falta el ímpetu vital que tienen todas las ideas que se elaboran y que se esclarecen en cada cerebro día tras día. Nos consideramos llegados a una meta tras la cual no hay nada que buscar y de ahí que un movimiento que debiera distinguirse como laboratorio viviente de ideas, dá la impresión de haberse convertido en una iglesia de fieles que recitan mecánicamente sus oraciones, sin darse el trabajo mental de penetrar su contenido.

Pero realmente ¿han merecido la muerte y el olvido las ideas proudhonianas? ¿la merecieron las gestiones de Bakunin? Creemos que no. Hasta aquí, son hipótesis tanto el mutualismo de Proudhon como el colectivismo de Bakunin y de la vieja Internacional, y el comunismo kropotkiniano. Y las hipótesis no son verdades comprobadas y experimentadas, sino más bien motivos a experimentar y a probar con los hechos. Por consiguiente, cualquiera que sea nuestro apego a una u otra de esas hipótesis, no debemos desconocer el derecho a la existencia de las demás, con los mismos títulos que suponemos para la nuestra particular.

¿Qué hacer frente a esas diversas manifestaciones, a esos diferentes aspectos del anarquismo en su aplicación al terreno económico? ¿Hemos de luchar por la prevalencia de una modalidad determinada o más bien reconocerlas todas y desear su práctica por los propios adeptos, con la solidaridad inmutable de todas las demás corrientes libertarias?

Pensamos que la anarquía como denominador común es mucho más fecunda y más prometedora que la anarquía con una calificación económica determinada. Los que simpatizamos con el comunismo anarquista no debiéramos atrincherarnos en la actual existencia de una mayor adhesión numérica para obstaculizar el florecimiento de otras manifestaciones de nuestra idea fundamental, que es la libertad, y para negarles carta de ciudadanía en nuestras filas. A la anarquía se puede llegar por más de un camino y con múltiples formas de producción, de reparto y de consumo; y puede decirse que es más fácil llegar por diversos caminos que por una vía única, con una solución exclusiva y excluyente.

No queremos decir con esto que se haya de renunciar a los ideales de organización económica; lo que queremos decir es que esos ideales no deben constituir un motivo de insolidaridad entre los que los sostienen y de debilitamiento del movimiento general anarquista; queremos decir que pueden convivir

en perfecta armonía, limitados por los libres pactos y arreglos entre los grupos diversos, dentro de la sociedad emancipada del yugo político y de la presión capitalista. Cada cual puede acariciar las formas de vida económica que crea compatibles con su carácter, con su temperamento y con las posibilidades, siempre que no recurra a otros medios que los del ejemplo y la propaganda para su difusión y aceptación por los demás. Los comunistas no necesitan renunciar a su comunismo, ni los colectivistas al colectivismo, ni los cooperativistas a su sistema particular; aun conservando plenamente esas ideas, pueden y deben considerarse miembros de una misma corriente social, de un mismo movimiento que tiene por objetivo la supresión del Estado político y del monopolio y el privilegio económico. No sólo es posible una tolerancia dentro de los diversos matices del anarquismo, sino que es necesaria incluso una cooperación consciente, partiendo de la convicción que no hay ningún mal, al contrario, en la expresión múltiple de nuestras ideas, en su aplicación variada, en su ensayo de las formas más diversas de trabajo, de producción y de consumo.

No decimos nada nuevo en todo esto. Se trata de ideas que difundieron Ricardo Mella, Tarrida del Mármol, Voltairine de Cleyre, Max Nettlau y muchos otros, pero que no han merecido hasta aquí el examen general a que tienen derecho. Los lectores españoles, que han podido leer el hermoso informe de Mella sobre los sistemas de cooperación al congreso anarquista internacional de París en 1900, pueden examinar ahora una profunda conferencia de Voltairine de Cleyre donde se hacen las mismas afirmaciones (*Anarquismo*, ed. La Antorcha, Buenos Aires 1929).

Sería hora de interrumpir la repetición rutinaria de frases hechas y de reconocer dentro del anarquismo un campo ilimitado de experimentación económica. De ese modo ensancharemos nuestro radio de acción y prepararemos los espíritus para una cooperación presente y futura, antes, durante y después de la revolución, en lugar de afirmar la intolerancia doctrinaria hoy como precursora del desgarramiento material en el porvenir. La pelea actual en nuestros periódicos, por causa de la interpretación económica diversa, prelude la lucha de exterminio de mañana, cuando los anarquistas se encuentren ante una realidad revolucionaria dispuestos a la construcción de la nueva sociedad de libres y de iguales. Si hoy no reconocemos el derecho a la existencia a otras expresiones del anarquismo que la comunista, mañana, en posesión de recursos de fuerza mayores, se tendrá la guerra civil en el campo libertario y la dictadura de la corriente predominante en lugar de la cooperación armoniosa.

El segundo congreso anarquista de la región Argentina no puede eludir una respuesta clara al tópico apenas esbozado aquí. Los sistemas económicos ocupan un puesto secundario en nuestras inquietudes, porque resuelto el problema de la libertad, el hombre libre no vacilará mucho en la elección del camino más adecuado para satisfacer sus necesidades materiales.

LUIGI FABBRI

LAS OBRAS DE MIGUEL BAKUNIN

Se ha publicado en Buenos Aires, en la Editorial LA PROTESTA, el quinto volumen de las obras completas de Miguel Bakunin, en lengua española, con prefacio de Max Nettlau. La traducción se debe a los compañeros A. Schapiro y D. A. de Santillán.

La importancia de esta edición de las obras de Bakunin no tiene precedentes. Incluso la bella edición, atendida hasta 1914 por Guillaume en París, y luego interrumpida por la guerra mundial antes y por la muerte de Guillaume luego, es superada por ésta que se inició en América del Sur. Es preciso hacer vivos votos porque sea completada y llevada a buen término, antes que acontecimientos adversos puedan truncarla también, porque una interrupción suya sería una pérdida gravísima para la literatura del anarquismo.

La edición en lengua española que atiende nuestro Nettlau, ese incansable trabajador y concienzudo estudioso del anarquismo, tiene el mérito de las que se llaman en lenguaje bibliográfico "ediciones críticas". Cada volumen es precedido por un prefacio histórico y bibliográfico de Nettlau, en donde el lector halla las informaciones e indicaciones sobre el autor, los tiempos y las circunstancias a que cada escrito de Bakunin se refiere. Los escritos bakuninianos, además, son reproducidos con orden lógico y cronológico, en cuanto es posible conciliar los dos órdenes entre sí y con su agrupación por materias, en su más textual forma primitiva, purificada de todos los agregados o lagunas con que algunas de sus publicaciones fragmentarias, hechas en tiempos diversos, habían sido estropeadas.

La aparición de este quinto volumen tiene una importancia teórica e histórica especial, porque se trata de un libro hasta aquí casi completamente desconocido para los que no conocen la lengua rusa y también hasta 1919 para la gran mayoría de los lectores rusos, pues su primera edición, hecha en Suiza en 1873, se agotó bastante pronto y en gran parte se dispersó en las tentativas por introducirla en Rusia de contrabando; y los ejemplares que pudieron penetrar allí se habían vuelto ya inencontrables. Una nueva edición, pero sólo en ruso, ha sido hecha tan sólo en 1919. Antes el libro se conocía casi solamente por referencias. Algún fragmento se había publicado en 1878 en "L'Avant-Garde", pequeño órgano

colectivista anarquista publicado entonces en Chaux de Fonds (Suiza) por Paul Brousse; y más tarde se refirió a él en tono polémico, citando alguna frase sobre el marxismo, G. Plekhanoff en su conocido libelo contra los anarquistas y contra el anarquismo.

En muchos de nosotros existía desde hacía mucho vivo el deseo de conocer en su texto completo este libro. Finalmente, gracias a los amigos de LA PROTESTA, a Nettlau, a Santillán, a Schapiro, ese deseo ha sido satisfecho; y la lectura del libro no ha desilusionado de ningún modo nuestra expectativa. El libro, que Nettlau llama "el canto de cisne de Bakunin", porque fué el último escrito suyo de teoría y de propaganda, — un año después, tras el fracaso de la tentativa insurreccional de Bolonia de 1874, Bakunin por razones de salud (murió, como se sabe, en 1876), fué constreñido a renunciar a toda actividad política, — este libro es verdaderamente interesantísimo desde varios puntos de vista.

Ante todo es importante para nosotros porque Bakunin continúa en él la elaboración sistemática de su pensamiento anarquista, que había comenzado a través de sus otros escritos numerosos desde hacía casi diez años. Sin embargo no se encuentra, en ellos, ni siquiera aquí, la última palabra. El libro, aun constituyendo un todo orgánico, es más bien la primera parte de una obra que debía tener su continuación. En efecto, en la edición original de 1873 concluía con estas palabras: "En una parte siguiente se demostrará cómo estos dos principios opuestos se derivan de la conciencia del proletariado europeo y cómo se han desarrollado". En otro punto del libro (pág. 289), a propósito de las ideas dictatoriales de Marx y Lassalle, dice: "Ninguna dictadura puede tener otro objetivo que la propia perpetuación y no es capaz de otra cosa que de engendrar y desarrollar la esclavitud en el pueblo que la soporta; la libertad no puede ser creada más que con la libertad, es decir con la rebelión del pueblo y con la organización libre de las masas trabajadoras de abajo a arriba. Tenemos intención de examinar más tarde, y más detalladamente, esta cuestión, en torno a la cual gira todo el interés de la historia contemporánea"... Como se ve, Bakunin se proponía desarrollar después toda su concepción libertaria de la revolución.

Pero esta concepción, dejando ya a un lado otros escritos, surge más o menos explícitamente del conjunto del libro, porque es sobre todo una polémica que se refiere al pasado y presente de su tiempo, tendiente a demoler la concepción del Estado, que en torno a 1870, y especialmente después de la guerra franco-prusiana, tenía su más típica encarnación en la Alemania de Bismarck, y así fué hasta la gran guerra de 1914-18, de la que fué una, y no de las últimas, preparadoras y responsables.

Todo el libro está penetrado de un ardiente espíritu antigermánico, que llega a ser injusto con el pueblo alemán. Un poco de este espíritu se siente en todos los otros escritos que se conocen con el nombre genérico del *Impenio knuto-germánico y la revolución social*; pero en este es más fuerte e insistente que en todos los demás. Evidentemente, bajo este aspecto, el libro se presenta a nosotros bastante defectuoso para la propaganda anarquista, la cual debe esforzarse por alcanzar una unidad espiritual de amor y de solidaridad entre todos los hombres. Pero sería preciso estudiar más o fondo la personalidad de Bakunin desde ese punto de vista, sobre todo tratando de examinar el pensamiento suyo en relación con todo el pensamiento contemporáneo a él y con los hechos históricos que se desarrollaban mientras él vivía y escribía. Entonces se verá que, a pesar de todo, seguía siendo entonces lo mismo el más avanzado y el más radical de los internacionalistas.

Es preciso decir que, de hecho, la Alemania de aquel tiempo era como Bakunin la describe; pero tal vez su error fué el de juzgar la historia pasada y las tendencias para el porvenir desde el punto de vista unilateral justificado por los hechos contingentes y contemporáneos a él, es decir por la actualidad posterior a las guerras victoriosas para Alemania desde 1866 a 1870. Nos damos bien cuenta de eso hoy, después de la experiencia de la guerra de 1914-18, aunque antes, casi todos, en los países latinos y eslavos, tuviésemos aproximadamente la misma mentalidad de Bakunin, — aun aquellos de nosotros que no se dejaron arrastrar por esa mentalidad en contraste con los principios internacionalistas y cosmopolitas afirmados y sentidos hasta él día antes. Y tal vez también Bakunin, hoy, si viese, no escribiría ya como en 1873.

Nos hace concluir así el hecho que Bakunin, a pesar de su ardiente espíritu antigermánico, conservó toda su lucidez de juicio en la crítica a las clases dirigentes y a las clases estatales de los otros países; es decir, no se dejó desviar de ningún modo hasta el punto de ser indulgente con estas últimas o como para aconsejar en la práctica, frente a ellas, una actitud de colaboración o de solidaridad en sentido nacional o de raza. Al contrario, se levantó

enérgicamente contra las tendencias y las ideas nacionalistas francesas, italianas, rusas, serbias, etc. y criticó sobre todo con viva intransigencia revolucionaria y anarquista el paneslavismo, que entonces era bastante fuerte no sólo en las clases y castas dirigentes sino también entre los partidos revolucionarios eslavos. En eso se dividía radicalmente también de su viejo amigo Herzen. Lo que hacía en él en cierto modo de contraveneno, lo que le impedía caer en el colaboracionismo de clase y estatal, — que sin embargo era la consecuencia lógica de su antigermanismo, — fué su instinto revolucionario, su aversión profunda por todas las burguesías y todos los Estados, su amor a la libertad y su espíritu de rebelión que prevalecía desde hacía mucho en él sobre todos los otros sentimientos y tendencias.

Dada la situación de hecho posterior a 1870 en Europa, en donde efectivamente la Alemania estatal representaba más que cualquier otro país la encarnación del principio de autoridad, y en que el socialismo germánico acentuaba la orientación autoritaria y centralizadora, politiquera y oportunista hacia la burguesía, el mismo antigermanismo de Bakunin (erróneo en sí y peligroso para el porvenir) aparecía en aquel momento y debía aparecer por mucho tiempo aún como un instrumento contingente bastante útil y eficaz para la lucha contra el principio de autoridad y contra el oportunismo socialdemócrata. En efecto en casi todo el período de historia del socialismo que va hasta 1914 la oposición anarquista contra la socialdemocracia autoritaria y parlamentaria se confundió casi siempre con la lucha contra la hegemonía que en el seno de la segunda Internacional ejercía de modo casi absoluto el socialismo estatal y marxista alemán. El peligro que había al adoptar tal instrumento lo hemos visto, muy bien, durante la guerra de 1914-18, cuando lo que había en él de error prevaleció también en daño de la revolución, de la libertad y de la Internacional. Pero nada autoriza a creer que Bakunin habría caído en tal error; como lo he dicho ya, todo en sus escritos impulsa a pensar lo contrario.

En esto consiste una de las muchas razones por las cuales Bakunin hoy — a pesar de algún aspecto caduco, erróneo o superado de su pensamiento, o más bien de sus armas polémicas, — es más vivo y más actual que nunca, más todavía que otros escritores anarquistas posteriores a él. Especialmente sobre todo lo que se refiere a la concepción libertaria de la revolución, a su crítica a las tendencias autoritarias y dictatoriales en la revolución, a su llamado a las fuerzas libres proletarias y populares para la destrucción y para la reconstrucción, las ideas de Bakunin nos parecen cada vez más justas y las más próximas a la verdad, las más concordantes con la realidad. Hoy, en particular a la luz de

la experiencia en la revolución rusa, tales ideas suyas han sido confirmadas por los hechos del modo más evidente, hasta parecer proféticas.

Para la educación revolucionaria y libertaria del proletariado, para la formación de una conciencia cada vez mejor de las mismas minorías anarquistas, la publicación de todas las obras de Bakunin la consideramos más que útil, necesaria. Cada nuevo escrito suyo que vuelve a ver la luz, especialmente de los que habían quedado desconocidos para la mayoría de nosotros — como este último sobre el "Estado y la anarquía", — nos llena el alma de alegría, pues esperamos de él una fuerte contribución a la sucesiva elaboración y al continuo desarrollo del pensamiento anarquista.

A propósito de esta edición en lengua española de las obras de Bakunin, que me ha dado ocasión para escribir lo que antecede, quiero agregar una observación y una sugerencia, que en Francia he tenido ocasión de exponer a más de un amigo y compañero.

Sería ciertamente deseable que se publicasen en otras lenguas los escritos de Bakunin atendidos por Nettlau y por ahora publicados sólo en lengua española. Especialmente sería útil su publicación en francés, lengua que pertenece a las más conocidas en el mundo hasta ser en cierto modo internacional. Pero tal deseo choca contra dificultades financieras adivinables y de tiempo. Eso me hace pensar que sería deseable, al menos, que hubiese continuado en Francia la publicación de la edición, bastante buena también, iniciada con un primer volumen por Nettlau en 1895 y proseguida después con otros cinco volúmenes, hasta 1914, por James Guillaume.

El editor Stock (o mejor, sus sucesores) no ha continuado después de la guerra la colección de la "Bibliothèque Sociologique" en donde se habían publicado casi todos los trabajos anarquistas más importantes de Kropotkin, Grave, Malato, etc. y las obras de Bakunin; y ni siquiera entiende publicar otros volúmenes de este último, pues los volúmenes precedentes están agotados y no tiene interés en reimprimirlos. Y nosotros no tenemos nada que decir a un editor burgués que hace sus intereses de botica y no otra cosa. Pero sería preciso que los compañeros se ocupasen ellos de la cosa.

Cuando estalló la guerra de 1914, durante la cual Guillaume murió, el volumen VII de la edición francesa de las obras de Bakunin estaba ya completo, incluso estaba compuesto. Faltaba sólo la última corrección y el tiraje y la encuadernación. Me lo escribió, antes de la guerra, Guillaume, anunciándome que en ese volumen iba la continuación de la polémica de Bakunin contra Mazzini — especialmente el libro "La théologie politique de Mazzini et l'Internationale", inencontrable desde hacía mucho— y otras cosas importantes. Pero por la guerra, y

creo por la bancarrota de los antiguos editores, la impresión no se hizo, y todo quedó allí. Sin embargo el volumen ya listo no se ha extraviado; se encuentra en lugar seguro en manos de una conocida personalidad literaria parisiense que ciertamente lo entregaría si surgiese la iniciativa para su publicación.

De eso deberían ocuparse los compañeros anarquistas franceses. Harían también un pequeño negocio editorial con ello, porque estando agotada la edición de los primeros seis volúmenes, eso significa que por el mundo hay algún millar de personas que poseen ya aquellos primeros seis tomos y ciertamente adquirirían el séptimo. Con la venta del séptimo se podría pensar luego en publicar otros, especialmente si nuestro compañero Nettlau se interesase por la cuestión. Cuando luego, con dos o tres volúmenes todavía, se hubiese completado la impresión en francés de todos los escritos de Bakunin, entonces se podrá pensar con calma, más tarde, en una edición más esmerada del género de la española de Buenos Aires.

Pero por ahora se debería pensar en completar la edición francesa ya iniciada y llevada tan adelante, para que también en lengua francesa todas las obras de Bakunin sean definitivamente y por completo sustraídas al olvido, y a falta de otra cosa y en espera de una mejor ordenación todos los que tenían ya una parte de ellas, puedan tener a mano también el resto, sea para la propia cultura sea para tomar en aquél magnífico depósito de ideas argumentos para la propaganda y para la lucha.

¡ACABA DE APARECER!
ESTATISMO Y ANARQUIA

por

MIGUEL BAKUNIN

Tomo V de las obras completas del gran revolucionario ruso.

Prólogo de Max Nettlau.

Traducción de A. Schapiro y D. A. de Santillán

UN VOLUMEN DE 320 PAGINAS

Precio: \$ 1.50

EDITORIAL "LA PROTESTA"

PERU 1537
Bs. Aires



El fascismo ha formado un círculo de hierro inaccesible en torno a Malatesta; nadie se puede aproximar a él, nada puede salir de aquél presidio. Así se pretende sofocar y anular a un hombre que tantos méritos ha conquistado en las luchas del progreso y de la justicia. Nosotros no queremos resignarnos a contar con la forzada muerte intelectual de Malatesta y nos vengamos del fascismo poniéndonos sin cesar en contacto con el gran revolucionario por medio de sus viejas páginas, siempre nuevas por su frescura y por la intensidad de su pensamiento.

Grande y luminoso es el faro que nos guía, arduo y fatigoso es el camino — y modestas en cambio son nuestras fuerzas!

Sin embargo tenemos confianza en que no será vana la obra nuestra, porque es hecha toda de sinceridad y porque llega en el momento en que necesita y puede contar con el concurso entusiasta de numerosos compañeros.

Lo que más falta hace, según nosotros, en este negro período de historia, en que parece que la humanidad va a ser rechazada hacia las feroces tiranías y las lúgubres supersticiones del pasado, es una intensa preparación moral e intelectual que nos ponga en situación de poder, en un día que tal vez no está lejano, reconquistar el terreno perdido y reiniciar con renovado vigor y con mayor eficacia la marcha hacia adelante en pos de la libertad, en pos de la justicia, en pos del bienestar para todos.

Es preciso que cada uno sepa bien claramente lo que quiere y cómo lo quiere y cuál puede y debe ser la función propia, y de la propia parte, en la vida social de hoy y de mañana; y para eso cada uno debe estudiar y pensar a fin de poder obrar con plena conciencia y con la máxima energía.

Por nuestra parte entendemos contribuir con estas páginas al estudio y a la solución de los más graves problemas sociales que afectan al mundo despertando en cada uno el espíritu de examen y de crítica.

Tendemos al bien de todos, a la eliminación de todos los sufrimientos y a la generalización de todas las alegrías que pueden depender de la obra humana; tendemos a la paz y al amor entre todos los seres humanos, tendemos a una nueva y mejor civilización, a una más digna y feliz humanidad. Pero creemos que el bien de todos no se puede alcanzar verdaderamente más que mediante el concurso consciente de todos; creemos que no hay fórmulas máximas capaces de resolver las dificultades; que no hay doctrinas universales e infalibles aplicables a todos los hombres y a todos los casos; que no hay hombres y partidos providenciales que puedan sustituir útilmente su voluntad por la de los otros y

hacer el bien por la fuerza; creemos que la vida social adquiere siempre las formas que resultan del contraste de los intereses ideales y materiales de los que piensan y quieren. Y para eso convocamos a todos a pensar y a querer.

No queremos imponer nuestras ideas dejando ignorar las de los otros; y para esto solicitamos el concurso de todos los que se interesan en el bien general y tienen ideas y hechos que aportar. Les abrimos nuestras columnas, en los límites naturalmente del espacio disponible, y les dejamos completa libertad y la responsabilidad de lo que escriban.

Pero tenemos nuestras ideas y hacemos esta revista precisamente para propagarlas y cimentarlas con las de los otros.

Prontos siempre a aprender y a corregirnos, firmes e inexpugnables sólo en el objetivo supremo que es el de la libertad para todos y el amor entre todos, sostendremos lo que nos parezca la verdad, sin preocuparnos de las posibles persecuciones que nos amenazan en estos tiempos de exacerbada reacción en Italia y fuera.

Anarquistas, permanecemos anarquistas a pesar de toda y a pesar de todos.

Hemos sido vencidos en aquél período de lucha que se ha cerrado con la "toma de Roma" de octubre de 1922. Pero no será una derrota, por lo demás previsible, que nos hará renunciar a la lucha ni a la esperanza y certidumbre de vencer. No renunciaremos a eso ni por cien, por mil derrotas, pues sabemos que en los progresos humanos ha sido siempre a fuerza de perder como se ha terminado por vencer.

En cambio estudiaremos las razones que fueron causa de nuestra falta de éxito para hallarnos mejor preparados a obrar con resultados mejores cuando circunstancias nuevas nos reclamen a la acción práctica.

¿Cuáles fueron nuestros errores? ¿Cuáles nuestras deficiencias? ¿Cuál nuestra parte de responsabilidad en la derrota?

Aparte de las cuestiones técnicas de organización y de preparación, que no son tratadas en este lu-

gar, los anarquistas, o al menos la mayoría de los anarquistas, han creído las cosas mucho más fáciles de lo que realmente son, y se han mecido beatamente en una especie de *providencialismo*, que les hizo creer que bastan un ideal luminoso y un espíritu heroico para que todo se arregle por sí mismo. Han creído en la "espontaneidad de las masas", en el "orden natural" y en otros mitos creados por el deseo y también por pereza intelectual... y la "naturaleza ha permanecido sorda y ciega como siempre, y las masas han oscilado de un polo a otro según les impulsaba tan pronto la ilusión de un fácil paraíso como la esperanza de alguna mezuquina ventaja material, o el desaliento y el miedo lívido.

¡No! las cosas no se arreglan por sí mismas, y la masa es buena, según la gufen los conscientes y los que tienen voluntad, para toda obra bella lo mismo que para toda monstruosidad.

En el fondo, queda siempre verdadero el proverbio que "el mundo es de quien se lo pesca", es decir favorece a unos o a otros, camina hacia adelante o hacia atrás según los impulsos que recibe. Pero hay muchos en quererlo pescar y para fines diversos y en contraste. Es preciso por tanto que se tenga en cuenta todas las fuerzas activas para dirigir la resultante lo más posible hacia la propia meta.

Saber lo que se quiere, medir lo que se puede, y en cambio perderse en los sueños, preparar un programa práctico aplicable sucesivamente a las cuestiones que diariamente se presentan y no bueno solamente para cuando la anarquía haya sido realizada. He ahí lo que hace falta.

Santo es el ideal; pero no se realiza por sí solo mediante "leyes históricas" o por intervenciones providenciales. Hay un camino, o más bien hay caminos para llegar al ideal, y esos caminos son los que nos proponemos especialmente estudiar.

En alto los corazones.

Los tiempos son tristes, y de las palabras que dicen algunos de nuestros colaboradores en este primer número traspira un cierto aire de pesimismo. Pero no importa. El pesimismo, cuando no es vil adaptación, cuando es conciencia de las dificultades sirve para templar mejor las almas para la lucha.

Que la grandeza de los obstáculos sea la medida del esfuerzo que todos debemos hacer.

(Del primer número de *Pensiero e volontà*, 1 de enero de 1924).

Se ha constatado mil veces que los hombres, antes de alcanzar la verdad, o aquél poco de verdad relativa alcanzable en los diversos momentos de su desenvolvimiento intelectual y social, pueden caer en los más variados errores, contemplando las cosas ya por un lado ya por el otro, y saltando así de una exageración en otra opuesta.

Es un fenómeno de este género y que interesa altamente a toda la vida social contemporánea el que quiero examinar aquí.

Hace pocos años todos eran "materialistas". En nombre de una "ciencia" que era sin embargo la dogmatización de principios generales obtenidos de

conocimientos positivos demasiado incompletos, se pretendía explicar toda la psicología humana con las simples necesidades materiales elementales. El "factor económico" lo explicaba todo: el pasado, el presente, el porvenir. Todas las manifestaciones del pensamiento, todas las vicisitudes de la vida, amor y odio, buenas y malas pasiones, condición de la mujer, ambición, celos, orgullo de raza, relaciones de toda especie entre individuos y entre pueblos, guerra y paz, sumisión y revuelta de masas, constituciones diversas de la familia y de la sociedad, regímenes políticos, religión, moral, literatura, arte, ciencia... todo no era más que simple consecuencia del modo de producción y distribución de la riqueza y del instrumento de trabajo que prevalece en cada época. Y los que tenían una concepción más amplia y menos simplista de la naturaleza humana y de la historia eran considerados, tanto en el campo conservador como en el subversivo, como gente atrasada y en ayunas de "ciencia".

Este modo de ver influía naturalmente en la conducta práctica de los partidos, y tendía a hacer sacrificar todo noble ideal a los intereses materiales, a las cuestiones económicas, a menudo de importancia muy mezquina.

Hoy la moda ha cambiado. Hoy todos son "idealistas": cada cual afecta despreñar "el estómago" y trata del hombre como si fuese un espíritu puro, para el cual el comer y el vestirse y el satisfacer las necesidades fisiológicas son cosas secundarias, a las que no se debe prestar atención bajo pena de decadencia moral.

Yo no pretendo aquí ocuparme de aquellos siniestros burlones para los cuales el "idealismo" no es más que hipocresía e instrumento de engaño: del capitalista que predica a los obreros el sentimiento del deber y el espíritu de sacrificio para poder sin resistencia reducir los salarios y aumentar el propio beneficio: del "patriota" que, lleno de ferviente amor a la patria y de espíritu nacional, devora la propia patria y, si puede, la de los otros; del militar que por la gloria y el honor de la bandera explota a los vencidos y los oprime y los pisotea.

Hablo de la gente sincera; y especialmente de aquellos compañeros nuestros que, habiendo visto que la lucha por los mejoramientos económicos había acabado por absorber toda la energía de las organizaciones obreras hasta extinguir en ellas toda potencialidad revolucionaria, y viendo ahora a tanta parte del proletariado dejarse arrancar dócilmente todo rastro de libertad y besar, aunque sea a disgusto, el palo que le sacude en la vana esperanza de obtener trabajo asegurado y paga buena, muestran tendencia a abandonar por disgusto toda preocupación y toda lucha económica y a restringir, o elevar si se quiere, toda nuestra actividad al campo de la educación y de la lucha propiamente revolucionaria.

El problema principal, la necesidad fundamental es la de la libertad, dicen ellos; y la libertad no se conquista y no se conserva sino a través de luchas laboriosas y de sacrificios crueles. Es preciso por tanto que los revolucionarios no den importancia a las pequeñas cuestiones de mejoramientos económicos, que combatan el egoísmo prevalente en las ma-

sas, que propaguen el espíritu de sacrificio y que en lugar de prometer la oucaña, inspiren en las muchedumbres el santo orgullo de sufrir por una causa noble.

Perfectamente de acuerdo; pero no exageremos.

La libertad, la libertad plena y completa, es ciertamente la conquista esencial, porque es la consagración de la dignidad humana, y es el medio único por el cual se pueden y se deben resolver los problemas sociales en beneficio de todos. Pero la libertad es palabra vacía si no es acompañada de la potencia, es decir de los medios para ejercitar libremente la propia actividad.

La máxima "el que es pobre es esclavo" queda siempre verdadera, aun cuando sea igualmente verdadera la otra máxima que "quien es esclavo es o se vuelve pobre, y pierde todas las mejores características del ser humano".

Las necesidades materiales, las satisfacciones de la vida vegetativa son, es verdad, cosas de orden inferior y hasta despreciables, pero son la base necesaria de toda vida superior, moral e intelectual. Mil motivos de naturaleza diversa mueven al hombre y determinan el curso de la historia; pero... es preciso comer. "Antes vivir, después filosofar".

Un poco de lenzo, un poco de aceite y un poco de tierra colorada son para nuestro sentido estético cosa bien mísera frente a un cuadro de Rafael; pero sin esas cosas materiales y relativamente sin valor, Rafael no habría podido realizar su sueño de belleza.

Sospecho que los "idealistas" son todos personas que comen cada día y tienen siempre una seguridad razonable de poder comer al día siguiente; y es natural que sea así, porque para poder pensar, para poder aspirar a cosas más elevadas es indispensable un cierto mínimo, aunque sea bien bajo, de bienestar material. Hubo y hay hombres que se han elevado a las más altas cumbres del sacrificio y del martirio, hombres que afrontan serenamente el hambre y la tortura y continúan luchando por su idea, heroicamente, en medio de los más terribles sufrimientos; pero son hombres que se han desarrollado en condiciones relativamente favorables y que han podido acumular una suma de energía latente que obra luego cuando la necesidad lo exige. Al menos esta es la regla general.

Frecuente desde hace largos años organizaciones obreras, grupos revolucionarios, sociedades educativas y he visto siempre que los más activos, los más celosos eran aquellos que se encontraban en condiciones menos tristes y que eran atraídos, más que por la propia necesidad, por el deseo de cooperar en una obra buena y de sentirse ennoblecidos por un ideal. Los verdaderos y más grandes pobres, aquellos que parecerían más directa y más inmediatamente interesados en un cambio de cosas, o estaban ausentes o representaban allí una parte pasiva. Recuerdo cuán difícil y estéril era la propaganda en ciertas comarcas de Italia, hace treinta o cuarenta años, cuando los trabajadores de los campos y buena parte de los obreros de las ciudades vivían en condiciones verdaderamente animalescas, que quisiera creer definitivamente superadas, aunque hoy no estaría fuera

de razón el temer un retorno. Como he visto movimientos populares provocados por el hambre calmarse de golpe con la apertura de una "cocina económica cualquiera" y la distribución de algunos céntimos.

De todo esto deduzco que ante todo está la idea que debe animar la voluntad, pero que se requieren ciertas condiciones para que la idea pueda nacer y obrar.

Por tanto es vuelto a confirmar nuestro viejo programa que proclama la indisolubilidad de la emancipación moral, política y económica, y la necesidad de poner a la masa en condiciones materiales tales que permitan el desarrollo de necesidades ideales.

Luchar por la emancipación integral, y esperando y preparando el día en que sea posible, arrancar al gobierno y a los capitalistas todas aquellas mejoras políticas y económicas que puedan mejorar para nosotros las condiciones de la lucha y aumentar el número de los que luchan conscientemente. Y por eso arrancarlas con medios que no impliquen el reconocimiento del orden actual y que preparen los caminos del porvenir.

Propagar el sentimiento del deber y el espíritu de sacrificio, pero recordarse que el ejemplo es la mejor de las propagandas y que mal se puede pretender de los otros lo que no hacemos nosotros mismos. (1924).

En las columnas del órgano hermano *Fede!* en "Rubrica para todos" se desarrolla una discusión sobre los problemas de la revolución. Hasta ahora no me parecía que los interlocutores pecasen de excesiva claridad, pero no veía razón para dudar de que fuesen verdaderamente anarquistas y de que estuviesen inspirados por el deseo sincero de asegurar mejor el triunfo de la causa anarquista. Pero he aquí que en el número del 3 de febrero el amigo Spartaco Provaglio interviene con las "Parole chiare", las cuales llevan la cuestión a otro terreno, pues en nombre del anarquismo, reniegan completamente del espíritu, de la finalidad y de los métodos anarquistas. Interviene con modales altaneros que discurrían de toda respuesta cortés; pero cuando dice que el que no piensa como él razona como las suelas de los zapatos, entiendo que hay suelas de zapatos que razonan mejor que ciertos cerebros... y paso adelante.

No, el título que Provaglio da a su escrito "parole chiare" no corresponde a la verdad, aunque la deja entender bastante. Para ser claro verdaderamente habría debido decir que no es ya anarquista y que no lo ha sido nunca; y entonces habríamos podido discutir serenamente sobre las razones respectivas del anarquismo y del *gubernismo*, de la libertad y de la autoridad. Pero llamarse anarquista y sostener luego ideas que no pueden conciliarse con ninguna interpretación concebible del anarquismo no es verdaderamente hablar claro.

Provaglio dice que tiene consigo la gran mayoría de los anarquistas "que piensan bien", pero evidentemente ha querido engañar a la gente. En realidad es uno de aquellos raros anarquistas atacados del morbo moscovita, a los cuales Moscú no ha enseñado

do nada... o ha enseñado que sus instintos de dominio y de opresión pueden ser satisfechos a la sombra de la bandera roja como bajo la del gallardete fascista, en nombre de la revolución como en nombre de la restauración.

Provaglio, por un último respeto a la fraseología consagrada, dice bien que no quiere gobierno, pero quiere "entes autárquicos" (?) que deliberan y regulan la vida y los problemas del día, frenando los excesos, regularizando los deberes y los derechos de todos" y todo eso, naturalmente, "con equidad y justicia sana", pero con el apoyo de una "milicia voluntaria para la seguridad anarquista" la cual "deberá defender, pero también atacar".

Autarquía significa gobierno de sí mismo, pero los "entes autárquicos" de Provaglio en cambio deberían "regularizar los deberes y los derechos de los otros" y obtener "el asentimiento de los más" mediante la presión gentil de una milicia voluntaria. ¡Cuán exquisitamente fascista es todo esto!!! ¡Grupos de competencia, manganello y aceite de ricino!!! Pero vayamos al núcleo de la cuestión.

La anarquía, según Provaglio, puede y debe ser *impuesta*. Ahora bien, como anarquía significa libertad, imponer la anarquía sería tanto como obligar a la gente a ser libre por la fuerza, obligar a uno con la fuerza a hacer lo que se quiere. ¿Quién no ve el absurdo de la contradicción?

Lo que Provaglio, si tuviese la fuerza, podría imponer no sería ya la anarquía, sino un sistema especial suyo de organización social, por ejemplo una especie de comunismo a lo ruso — y para ello le sería necesario organizar un gobierno (llámesele como quiera) fundado en una clase cointeresada, en una burocracia omnipotente y en una fuerza militar, reclutada como quiera que sea, pero siempre ciegamente obediente a las órdenes de los gobernantes. Y el resultado sería la instauración de nuevas tiranías, de nuevas injusticias sobre el tronco podado de las antiguas.

Pero esta vez, dirá Provaglio, los gobernantes seremos nosotros... y nosotros, esté seguro de ello Provaglio, haremos como los otros y peor.

¿O cree realmente Provaglio que nosotros, sólo porque nos decimos anarquistas, somos mejores que los demás? Y aun dado y concedido que fuésemos incorruptibles y omniscientes por excelencia ¿cree Provaglio que podremos resistir a las necesidades de la situación en que seremos colocados y además realizar el milagro, pues ese sería realmente un milagro, de educar a la gente para la libertad al son de golpes, y de dar a los esclavos dignidad de hombres sometiéndoles a la fuerza brutal de las milicias, y de provocar las iniciativas de los individuos sustituyendo la voluntad de los otros por la nuestra?

Se aspira al poder, y se va a él cuando se puede o por sed de riquezas, o por la sádica voluntad de mandar y de someter los demás a uno mismo, o por las dos cosas al mismo tiempo — o bien porque uno se cree en posesión de la verdad absoluta y se da a sí mismo la misión de salvar la humanidad obligándole a marchar por los caminos que a él le parezcan mejores.

De esos diversos tipos de gobernantes los más honestos, los mejor intencionados son los más dañinos. Una banda de ladrones en el poder suscita la repugnancia y cae bajo las ruinas que ha causado, sin dejar lamentaciones; un soldadote violento y torturador provoca la ira y la insurrección de los más enérgicos no sólo la reacción de la piedad en las mismas masas pasivas; en cambio un fanático de buena fe, un Loyola, o un Lenin, aun produciendo todos los males de los ladrones y de los violentos, impone, por la fuerza de su vida o por la sinceridad de su fe, el respeto general, y aun cayendo, su influencia se perpetúa en una escuela y en un partido.

Cuando se está en el poder, con fines de bien o con fines de mal, como se cree que el poder es el medio necesario para la obtención de los propios fines, naturalmente, lógicamente se encuentra que la necesidad urgente, primordial es la de quedar en el poder — y para quedar en el poder se conceden privilegios para crearse a su alrededor co-interesados que lo sostengan, se constituye una fuerza armada que lo defienda, y se trata de enemigos a todos aquellos que no se doblegan a nuestra voluntad. Las transformaciones sociales, las reformas, la justicia y la libertad se postergan para más tarde, para cuando el gobierno se haya consolidado y no tenga que temer ya los asaltos de la "reacción"; pero cuando después hayan pasado los peligros y el gobierno esté bien fuerte en su puesto, entonces, suponiendo que la voluntad de hacer el bien subsista todavía, será ya demasiado tarde para aplicar los principios en nombre de los cuales se ha conquistado el poder: se habrá constituido una fuerte red de intereses que impedirá al fanático sincero, que por ventura se encontrase al frente del gobierno, hacer lo que quisiera: le quedaría el aparato coreográfico del gobierno, pero el poder real estaría en manos de los aprovechadores, de la nueva clase privilegiada que habría surgido.

Siento casi vergüenza al tener que decir estas cosas a uno que, diciéndose anarquista, debería tener algún conocimiento de las ideas anarquistas; pero parece que bajo la influencia del bolchevismo y del fascismo han salido "anarquistas" a quienes es preciso recordarlas.

Provaglio — este es su argumento principal — no quiere "soñar": quiere "realizar".

Y también nosotros; incluso, como he dicho ya más de una vez, el objetivo principal de esta publicación es contribuir a la elaboración de un programa práctico, realizador. Pero entendámonos. ¿Realizar qué? ¿El gobierno de los anarquistas? No, ciertamente. Queremos realizar la anarquía, o al menos aproximarnos lo más posible a la realización de la anarquía. Es decir conquistar cada vez más libertad; sustraer a los gobiernos, cuando no nos es posible derribarlos de un golpe, la mayor cantidad de funciones hasta su completa anulación; sustituir las organizaciones estatales, con su naturaleza coactiva, por las libres organizaciones fundadas en la comunidad de los intereses y de las aspiraciones.

Caminar hacia la anarquía no puede significar el

R. MELLA

EL SOCIALISMO ANARQUISTA

Al amparo de la idea anarquista se ha pretendido cerrar nuestros labios respecto de los mayores absurdos, pretextando la posibilidad de un fundamento de lógica. Decíase que la condición de anarquista implicaba la admisión, o poco menos, de las extravagancias de los que querían singularizarse y de las majaderías de los que sentaban plaza de sabiondos metafísicos a la violenta. Cada individuo y cada grupo erigíase en dogma viviente y desbarraaba a placer.

El anarquismo es, indudablemente, amplio campo a todas las hipótesis; pero arranca de bases fundamentales, de principios bien comprobados, con arreglo a los que son admisibles unas ideas, e inadmisibles otras. Como partido es todavía mayor para el anarquismo la necesidad de exclusión o selección. No es posible realizar nada práctico ni constituir verdadera fuerza con opiniones contradictorias y tendencias antagónicas. Dentro de nuestro amplio criterio, las agrupaciones han de constituirse por comunidad de ideas y tendencias. Si hay elementos que, denominándose de un mismo modo difieren en la doctrina o en los procedimientos, harán bien en organizarse separadamente, porque cuanto más juntos vivan, más daño harán a la propaganda, ya que serán más fáciles las disensiones.

Limando las asperezas del personalismo y de los pequeños detalles, será siempre fácil llegar a la concordancia de elementos en el terreno de los principios generales. Establecida la concordancia de principios, no es menos fácil llegar a la comunidad de método, de conducta. Sobre todo cuando del anarquismo no se hace un pasatiempo de agradables divagaciones, cuando los anarquistas se entregan de lleno a la propaganda por la palabra y por la acción — por la conducta, sería preferible decir — se hacen casi imposibles, por lo menos muy difíciles, las disensiones, las dañosas luchas por menudencias sin importancia.

renegamiento del anarquismo, mediante la constitución de un gobierno de llamados anarquistas.

Queremos ser prácticos lo más posible, pero siempre por la libertad y con la libertad — la libertad de todos, se entiende; y no ya sólo la libertad nuestra en perjuicio de la de los otros.

No significa esto tendencia a sumar elementos verdaderamente contrarios. Hay en el campo anarquista diferencias irreductibles. Amalgamar opiniones de hecho contrarias, es tan insano como establecer profundas lagunas entre hombres que en el fondo piensan de un mismo modo.

El socialismo anarquista comprende todos los matices de la idea revolucionaria que proclama la libertad completa dentro de la igualdad de condiciones. Pero ¿cómo meter dentro de su programa, si así puedo expresarme, la exageración individualista? Olvidados de la necesidad o fatalidad de la vida común, los anarquistas individualistas representan la mitad justa de la idea revolucionaria. Pudiera decirse que andan en un solo pie. Sería el neoindividualismo prácticamente hermoso, si prácticamente la realización de lo absoluto no fuera absurda. Pero es simple teología política, quimera idealmente espléndida hacia la que correrá siempre la humanidad, sin alcanzarla jamás. La vida en grupo supone necesariamente transacciones, arreglos, convenios. Y son demasiado complejas las necesidades y demasiado limitadas las facultades individuales para que la vida pueda librarse fuera de la comunidad. El socialismo es por esto condición primera del anarquismo. Predicamos que cada uno debe estar en condiciones de hacer lo que quiera; pero sobradamente se entiende que lo que pretendemos es colocar a la humanidad en condiciones tales, que cada uno pueda hacer *lo más posible* lo que quiera. Porque, en absoluto, tal afirmación significaría la potencia y la acción ilimitada en el individuo en correlación lógica con la ausencia de relaciones sociales de transacciones, de arreglos, de convenios.

La pícaro facultad de abstracción, a veces tan hermosa, tan imponente, nos traiciona a menudo, convirtiendo a los más recalcitrantes positivistas y materialistas en teólogos al revés, soñadores metafísicos de quintas esencias del porvenir.

Digo del comunismo a *outrance* algo semejante a lo que del individualismo dejo dicho, con la diferencia de que aquél se deriva de una más fuertemente sentida necesidad de vivir. Veráse el neoindividualismo en sujetos de gran imaginación, que se preocupan poco o nada de la vida material y parecen

alimentarse de ideologismos y enrevesadas filosofías. Veráse el comunismo *a outrance* en hombres obsesionados por las crueles deficiencias de la vida material, que se preocupan escasamente de la satisfacción de las necesidades artísticas e intelectuales, más propensos a traducir el problema social en una simple cuestión de pan que en el desideratum de la vida general humana. El comunismo *a outrance* olvida precisamente aquello que constituye la exageración neo-individualista; olvida que si la existencia no es posible fuera de la comunidad, no lo es asimismo si se descarta la libertad personal. Para estos comunistas, confiésenlo o no, la colectividad o grupo es todo o casi todo; el individuo nada o casi nada. Si el comunismo, genéricamente hablando, o mejor aún el socialismo, es la base necesaria de la anarquía, no hay forma predeterminada de comunidad que se pueda establecer como tal exclusivamente. Nuestra especie tiende demasiado a diferenciarse: son muy diversos los gustos, las inclinaciones, muy complejos los fines, no menos complejos los medios de acción, para que una regla invariable y constante de convivencia social sea de cualquier modo establecida. El principio de la comunidad supone grados, distintas concepciones, más o menos; y en el régimen libertario ha de quedar a la voluntad de los hombres la aplicación del método. Repito que dentro de nuestras ideas acerca del desarrollo de las necesidades, de la sociedad, del hombre mismo, no caben formas definitivas de vida social. No aspiramos a un estado social inmejorable, porque creemos que nada permanece inmóvil, ni nada puede ser absolutamente bueno.

Libre el anarquismo socialista de ambas exageraciones, mira con tolerancia todas las hipótesis, y amigablemente las discute; pero no viene obligado a aceptarlas por el simple hecho de colgarles una etiqueta, casi siempre inadecuada. Convencidos del doble carácter de la vida, afirmamos francamente el principio de la *cooperación libre*, dentro del cual todos los métodos, todas las aplicaciones tendrán práctica sanción, a reserva de las eliminaciones que la experiencia imponga.

Muchos no conciben cómo la sociedad podrá desenvolverse fuera de un sistema uniforme y constante. Si observaran, si penetraran el modo de funcionar de la sociedad actual, cambiarían de opinión. A pesar de la práctica individualista, cada país vive de diferente modo; cada comarca, cada ciudad, chica o grande, tiene modos peculiares de atender el trabajo, el comercio, etc. El individualismo está prácticamente limitado por prácticas más o menos comunistas. Las bibliotecas, los paseos públicos, los hospitales, las sociedades industriales, son ejemplos de que la organización social descansa en un principio único, pero no se desenvuelve según un sistema cerrado.

Después de un siglo de continuos esfuerzos por

uniformar la vida colectiva, no hay pueblo que no pugne por recabar su personalidad, y las rebeliones contra la uniformidad de la existencia sucedense sin interrupción. El sueño de los Césares, como la ambición de los papas, ha corrido la misma suerte de parada a los que han querido encerrar a la humanidad en un inmenso cuartel. Sólo la libertad puede unir a los hombres cuando la comunidad de intereses los haga solidarios. Un principio general de justicia no supone necesidad de método uniforme. Las ideas tienen en los individuos diferentes modalidades; en cada lugar y en cada tiempo distintas aplicaciones. En vano intentaremos torcer la naturaleza. Aceptándola tal cual es, habremos de dejar libre campo a todas las iniciativas, a todas las prácticas, a todas las experiencias, única forma de obtener una resultante común favorable al individuo y a la colectividad. El hombre es *anónimo* por esencia; esto es, refractario a toda regla, a toda ley. Lo que voluntariamente hace sin repugnancia, se le resiste cuando se le impone. Preguntad a todo el que vive en la dependencia de otro, y la contestación confirmará nuestro aserto.

Dejar libre al hombre de gobernarse a sí mismo, se nos dirá, es condenarnos al suicidio. La imposición de obligaciones y de servicios es necesaria. Ciertamente que si cuando el hombre carece de interés en cumplirlas voluntariamente. En nuestros días, la fuerza es indispensable para que los hombres, mejor dicho, algunos hombres, trabajen, tiren pacientemente del carro como tira la bestia. No trabajan para sí, no sienten la necesidad de cumplir obligaciones que no conciben. El bruto tira del carro a fuerza de palos, primero; voluntariamente, por hábito adquirido, después. No otra cosa ocurre al trabajador. Pero si las condiciones sociales fueran iguales para todos ¿no respondería a la necesidad de alimentarse, de vestirse, la necesidad de trabajar? ¿No habría un interés individual y común de proporcionarse las mayores comodidades y los mayores goces posibles?

El acicate de la necesidad es tan poderoso que ja más, cualesquiera que hayan sido las condiciones de la existencia, se han entregado los pueblos a la holganza. Ved hoy mismo a muchos que no tienen por qué trabajar, ya que disponen de grandes riquezas, dedicados a todo género de deportes, trabajando a veces con ahínco en cosas fútiles, de ninguna utilidad. Los burgueses que se dedican a la industria y al comercio trabajan afanosos porque trabajan en provecho propio, porque sienten vivamente la necesidad de cumplir obligaciones de familia o el interés de enriquecerse. El jornalero, en cambio, acostumbra a su salario, y aun es bastante imbécil para no hacer lo menos posible. La mayor parte de los trabajadores, no obstante la falta de interés en la faena porque siempre les produce lo mismo, tíma generalmente con empeño su labor, y aun hay quien se

encararía con el trabajo y se esmera en ejecutarlo prístimamente. Y si esto ocurre cuando se les reduce a la condición del bruto, que trabaja a cambio de un mal pienso ¿qué ocurriría si todos y cada uno viéramos inmediatamente la ventaja personal y colectiva de producir lo más posible en el menor tiempo posible y con la mayor perfección de que fuéramos capaces?

Realmente, en el fondo de todos los argumentos que se hacen contra la posibilidad del trabajo voluntario y de la asociación libre, no hay de verdadero más que esto, que se divide a la humanidad en dos clases de hombres, una compuesta de los ricos, cuya capacidad para regirse por sí mismos, para trabajar, para ilustrarse, para desenvolverse, en fin, por propia iniciativa, nadie pone en duda; otra, de los

pobres cuya incapacidad para gobernar, para instruirse, y satisfacer por sí sus propias necesidades, sin la coacción del rico, y del político, y del cura, es asimismo evidente. Para los primeros, religión, poder, fuerza pública, magistratura, son cosas perfectamente inútiles; para los segundos, además de todas esas zarandajas, es necesario un buen látigo, en manos de bárbaro gañán que los arree sin piedad.

Sin esta división inventada por la maldad y aplaudida por la ignorancia, toda la lógica de la necesidad del trabajo forzoso y del gobierno de los hombres se disiparía como humo, y la noción del trabajo voluntario y de la asociación libre sería tan universalmente aceptada como la de que dos y dos son cuatro.

MAX NETTLAU

Bakunin, la Boronata y la Insurrección de Bolonia (1874) en un "romanzo storico"

Un libro *Il Diavolo al Pontelungo. Romanzo storico* de Riccardo Bacchelli (Milán), aparecido hace dos años, ha visto recientemente la luz también en traducción inglesa, *The Devil at the Long Bridge* (Londres, 1929, XVI, 346 págs.), llamado allí también *A historical novel*. El título no deja advinar que ese libro se ocupa del comienzo al fin de Bakunin y Caffero en la La Boronata y de la insurrección que debía estallar en Bolonia en agosto de 1874, preparada por Andrea Costa, y que había motivado la presencia de Bakunin en Bolonia en esas semanas, acontecimientos que en su ligazón íntima influenciaron en grado elevado la vida de Bakunin en 1873-74 y determinaron su retiro de la actividad internacionalista. Así esos hechos tan poco conocidos, muy íntimos y a veces inaccesibles a nuestras investigaciones, están ante el público de lengua italiana e inglesa en la forma que el autor de este libro les ha dado, y eso cuando ni en italiano ni en inglés existe ningún trabajo verdaderamente histórico sobre esos años y sobre el conjunto de la vida de Bakunin como para permitir que uno se de cuenta de los verdaderos hechos. No ignoro que se ha impreso en italiano algo sobre Bakunin desde 1864 a 1872, puesto que he sido yo quien lo ha escrito, ni que el libro del doctor Rosselli se ocupa de Bakunin en esos mismos años, también en gran parte según lo que yo había recogido antes; esto se aplica también al libro de Giovanni Domanico en 1911, basado sobre todo en la *Internationale* de Guillaume. Se ha traducido también mi pequeña biografía de 1901 (Messina, 1904, 67 págs.), pero el temblor de

tierra ha debido hacerla desaparecer completamente. Lo que se conoce en Italia y lo que se reproduce todavía estos últimos años, es el artículo de Filippo Turati, *Michele Bakowisne*, aparecido en *Lo Sperimentale* (Brescia), número 5, de enero-febrero de 1887, y al mismo tiempo o casi en *Humanitas* (Nápoles), artículo escrito con ímpetu y verba seductores, pero repleto de inexactitudes a menudo groseras que, lo admito de buena gana, no habría sido posible rectificar en 1886 de acuerdo a algún libro fácilmente accesible, pero que desde entonces han sido reconocidas y reemplazadas por materiales exactos. Pero si tales publicaciones y otras dan al menos alguna idea de la personalidad de Bakunin a los italianos, para la gran lengua inglesa faltan totalmente y allí, salvo la traducción muy oportuna de *Dios y el Estado* por B. R. Tucker en Boston, en 1884, cuyo texto enmendado según los manuscritos mismos se encuentra en la edición hecha por *Freedom* en Londres en 1910 y (salvo algunos extractos traducidos en periódicos ya inencontrables, no hay absolutamente nada que valga sobre Bakunin ante el público de Inglaterra y de los Estados Unidos, si se exceptúa el libelo de Marx, Engels, Lafargue y Utin, de 1873, que los socialdemócratas ingleses han hecho aparecer en traducción. Así para un lector italiano y más aun inglés o americano (el editor inglés tiene sucursales en New York y en Toronto y no habrá dejado, presumo, de hacer circular ediciones americanas y coloniales) es verdaderamente imposible desentrañar el Bakunin ficticio de esa novela histórica del Bakunin verdadero, tal, al menos como una masa de documentos y de recolecciones y testimonios íntimos lo permiten conocer

más o menos. Como ese libro da todavía una descripción de las más sabrosas de los estallidos amorosos de Andrea Costa en esos años, es posible que atraiga la atención de otros traductores. Quisiera, pues, mostrar a los camaradas cuál es el grado de autenticidad de lo que encontrarán en ese libro.

Entendámonos ante todo sobre lo que se llama hoy una novela histórica. Hasta hace una treintena de años la novela histórica era irresponsable. Nadie se preocupaba del modo cómo Alejandro Dumas ponía en su crisol hombres y hechos históricos, siempre que resultara una mixtura novelesca succulenta. Así Bakunin, a partir de 1850, habiendo inspirado el terror a los burgueses de Dresde en la revolución de mayo de 1849, fué puesto en las novelas basadas sobre esos acontecimientos, tales como *Dresdens Matige. Ein Zeitbild* por Max Norden (3 vol., Leipzig, 1850) y 1849 *oder Des Koenigs Maienbluete. Historischer Roman*, por Franz Lubojatzki (Grimma, 1850, 3 vol.). Todavía en 1922 apareció en Moscú una pieza de teatro, *Bakunin en Dresde*, por Konstantin Fedin, en ruso (96 págs.). Un libro francés, *Sonnez, Clairons!*, roman contemporain por Emile Rochard (París, Flammarion, en 1905) hace entrar en escena también a Bakunin del modo más horripilante y absurdo. Exceptuado el drama de Moscú, cuya tendencia ignoro (¿libertaria o dictatorial?), ese género de producción no merece ninguna atención ni verificación, puesto que nadie trata de hallar allí verdades en ese género de impresos.

No es lo mismo cuando se trata de producciones de verdaderos autores, y la novela *Rudin* por Ivan Turguenief, escrita en junio-julio de 1855, publicada en enero-febrero de 1856, en el momento de los sufrimientos más crueles de Bakunin en Schluesselburg, y la gran novela *Los demonios* (Bessy) por Fedor Dostoevski, una quincena de años más tarde, son obras muy notorias con las cuales toda una serie de escritores y de socialistas rusos se ha explicado — asunto aparte que no puede ser abordado aquí —. Sin duda el interés artístico que Turguenief y Dostoevski han sabido atraerse, es en gran parte la causa de la intensidad de esas discusiones, pero para los rusos que conocen a Bakunin desde su juventud filosófica de los años 1830-40, es también uno de los edificadores de su vida intelectual moderna, y han sabido llegar, pienso, a comprender que Turguenief en *Rudin* ha tomado la esencia sobre todo en su propia debilidad de carácter. Dostoevski no ha conocido a Bakunin y con todo su arte psicológico no ha podido dibujarle con esa verdad que ha dado a caracteres vivos y vividos por y en él mismo.

Hay aun *Oiseaux de passage*, obra de teatro, por Lucien Descaves y Maurice Donnay, obra que de un lado se inclina un poco ante las ideas libertarias para no desagradar al gran público libertario y sindicalista de entonces, y por el otro se inclina ante el público burgués práctico, poniendo al desnudo las pequeñas debilidades de los revolucionarios. He ido a una representación de esa obra en París con James Guillaume, pero después del primer acto me he salvado; Guillaume, que tenía mejores nervios y que fué más cortés hacia Descaves, quedó, pero la obra no le causó gran placer tampoco.

Ese género de publicaciones no compromete tampoco más que a sus autores que nos muestran su análisis psicológico de un personaje histórico, y sabemos que el retrato que esbozan nace en su propia cabeza. Si ponen allí sátira, ironía, exageración,

fantasía, es cosa suya y es sobre ellos sobre los que recae nuestra opinión, si han obrado con buen gusto y delicadeza o no. Soy el último en lamentarme de los asaltos contra las austeridades y las rigideces de los llamados grandes hombres y lo mismo de los llamados grande revolucionarios y socialistas. Se me contarán mil debilidades ridículas de Bakunin: eso no cambia la opinión que yo tengo de sus cualidades eminentes en un dominio más importante.

Desde que se ha creado la *novela realista*, basándose en el "documento humano" observado, también la novela histórica, en sus producciones de aspiraciones serias ha cambiado, y la historiografía también. Michelet y Alejandro Dumas se comparan quizás tanto como Taine y los Goncourt, y la evolución procede de los autores que por pensamiento, voluntad, fantasía crean historia y novelas, a los autores que después de la observación y los documentos reproducen en la medida de sus fuerzas la vida moderna y el pasado. Hubo, pues, bastantes novelas históricas escritas por decirlo así en los archivos, elaboradas con mil rasgos recogidos en las verdaderas fuentes históricas, y por lo demás las buenas novelas históricas, a partir de Walter Scott han tenido siempre por base investigaciones serias de ese género. En nuestro tiempo mismo ha tenido lugar una intensificación de ese género, ha venido la novela biográfica, basada en todos los elementos de una verdadera biografía documentada, y se puede decir también que ese género ha hecho invasión en el verdadero género biográfico: ayudado todavía por la intuición psicológica pretendida que el psicoanálisis ambiciona a dar a sus adeptos, biografía y novela documentada parecen confundirse como en las biografías a la Ludwig que se han puesto de moda.

Riccardo Bacchelli nos es presentado por su traductor y amigo Orlo Williams como un poeta, autor dramático, paisajista de la pluma, filósofo satírico y novelista, autor de la historia satírica *Lo sa il Tonno*, el alma de un cenáculo literario en Milán, la "Bagutta", nativo de Bolonia en 1891, hijo de un abogado y diputado. Si a ese hombre de la vida moderna burguesa le hubiera agradado elegir a Bakunin y a su ambiente como cuadro de uno de sus escritos satíricos, fantásticos y probablemente divertidos, eso era cosa que concernía a él y a su público habitual. Pero ha denominado a su libro "romanzo storico" y ha escrito al traductor inglés:

"En sus líneas principales el material es estrictamente histórico, en la primera [Baronata] como en la segunda parte [Bolonia]. Los caracteres principales (Bakunin, Cafiero, Andrea Costa) son históricos. En la interpretación de la época, de las ideas y de los hechos, he tratado de ser histórico en el sentido estricto... Mis fuentes han sido la experiencia de la vida política adquirida en Bolonia..., los recuerdos de algunos últimos supervivientes del tiempo de entonces y de la Internacional anarquista (he conocido a un hombre que conoció y visitó a Bakunin en el '74 en Bolonia) y, en cuanto a los libros, ante todo lo que es contado por el profesor Ettore Zoccoli en un libro sobre la anarquía (aparecido hace 20 ó 25 años), ahora agotado, y en algunos carnets [some note books] de Bakunin reproducidos en una biografía muy rara por Nettlau... de la que se hicieron muy pocos ejemplares [el volumen sobre ese período data de 1900 y se reprodujo en 50 ejemplares. M. N.]. James Guillaume, el historiador francés, se ocupa también de Bakunin y de Cafiero en un libro sobre la Internacional que no conozco

[sic], pero del cual, yo creo, me he separado en un gran número de detalles importantes. Este libro es una parte de una polémica póstuma sobre La Baronata y Locarno que no me ha interesado (sic). Se ocupa de cosas triviales y de cuestiones de dinero (sic)... En conclusión, puedo asegurarle que el libro reposa sobre una concepción fundamentalmente histórica"...

Así el crítico del *Times Literary Supplement* (Londres, 4 de abril de 1929) dice: "...Basada bastante aproximadamente en hechos históricos, se ocupa de un episodio muy interesante en el último o penúltimo año de vida de Bakunin [muerto en 1876], quizás la figura más atractiva en la galería de los anarquistas filosóficos rusos"...

Todo eso, lo que dice Bacchelli, lo que dice su primer crítico en Inglaterra (31 de marzo de 1927 en el mismo periódico), probablemente idéntico al traductor, lo que dice el 4 de abril de 1929, induce pues al público a creer que se encuentra frente a una novela histórica de documentación normal, profusa incluso, quizás, y crítica y fastidiosa aun puesto que el gran libro de Guillaume es dejado a un lado con un desprecio soberano, y la adivinación del autor que dice no conocerle lo estigmatiza incluso como ocupándose de "cosas triviales y de cuestiones de dinero". En cuanto a mí, mi tercer volumen de 1900 contiene 61 páginas en folio de 70 largas líneas por término medio sobre ese episodio, pero de "algunos carnets de Bakunin" no se habla allí. Se trata de una hoja en 4.ª sobre la cual Bakunin el 4 de septiembre esboza lo que había pasado desde el 13 de julio al 4 de septiembre y todavía hasta el 6. Bacchelli por lo demás ha enjambrado aquí y allí otros documentos de Bakunin en mi volumen, principalmente la *Memoria justificativa* que Bakunin escribió en Splügen el 18 y 29 de julio.

No pienso en hacerle un reproche por eso: al contrario, mi reproche es que, viendo todos esos documentos inéditos, cartas, memoria muy extensa, notas diarias hasta el 6 de septiembre, reproducidos exactamente en su texto francés original, no se ha tomado la pena de leerlos con atención, aun siendo Bakunin el objeto de su trabajo, que habla allí sobre asuntos íntimos, que el autor, Bacchelli, va a diseccionar en su libro. Es esa falta de interés, esa pereza intelectual, la que me es inconcebible.

En 1903, en ocasión de un segundo viaje a Italia, he podido copiar la continuación de las notas diarias, la segunda hoja conservada, la del 7 de septiembre al 13 de octubre, contando hasta el 7 de octubre el resto de las peripecias de Bakunin entre Bolonia y su llegada final a lo de su familia en Lugano. He podido utilizar también numerosas cartas desconocidas de todos esos años hasta 1876, etc., y he coordinado esos materiales en suplementos manuscritos que he dejado largo tiempo a Guillaume, el cual sacó lo que quiso para sus cuatro volúmenes, aparecidos de 1905 a 1910, donde ha citado tantas veces mi colección como su fuente, que en los tomos 3 y 4 se ha fatigado de citarla siempre y es el lector atento el que debe reconocer por sí mismo donde toma del uno o de la otra. Esto muestra que precisamente sobre el asunto de su libro, los años 1873-74, Bacchelli habría encontrado un fondo amplio de nuevos materiales reproducidos al menos en parte en los volúmenes de Guillaume que él desdén, y eso siempre de Bakunin mismo, en texto francés, y tantas otras cosas que Guillaume ha agregado de

sus propios recuerdos y de sus encuestas ante la señora Cafiero, Ross y otros.

Un hombre de un mínimo de preocupaciones por conocer un asunto sobre el cual va a escribir un libro, que se erige en especialista, que pone el bisturí en las llagas de Bakunin y de Cafiero en esa época penosa, habría examinado, pues, lo que se encuentra en el libro de Guillaume de cuya existencia sabía, y al comprobar que Guillaume saca con frecuencia material de una colección manuscrita de documentos, compuesta por mí, nada le impedía tratar de conocer mi colección. Habría conocido quizás así nuevos materiales todavía recogidos después del libro de Guillaume, cuando por ejemplo pude volver a ver a Ross en 1922, al que había visto ya en 1904, o lo que se ha publicado de cartas de Bakunin en Rusia, etc.

Nada de eso ha hecho este autor y los materiales que ha desglosado al hojear un poco mis materiales de 1900, los ha empleado del modo más históricamente incongruente que he visto jamás. No había creído que se podía impregnar de inexactitud, desorientar en cronología, desnaturalizar casi todo hecho sobre los cuales se andamia una obra que se disfraza con el nombre de "histórica" y para la cual se pretende haber tomado algunos esmeros en informarse. El libro es bastante divertido con eso, sobre todo para un burgués que toma nota con satisfacción de que los anarquistas son grandes niños. Pero para disfrutar verdaderamente es preciso estar desprovisto de todo conocimiento sobre el asunto de que se ocupa. Si se está un poco informado, se choca en imposibilidades y si, por casualidad, se está más o menos familiarizado con lo que se puede saber todavía hoy sobre esos años de 1873 y 1874 de la vida de Bakunin y de Cafiero, entonces es un concierto de tonos discordantes, mil gatos metidos en un saco, el desconcierto más descomunal.

Como todos los camaradas no pueden verificar estas cosas, quiero mostrar una parte de las incongruencias de este libro de que no me ocuparía si se limitase a querer ser divertido o malvado, y no elevase la pretensión de tener una base histórica verificada con al menos un mínimo de esmero.

II

Sobre el origen de la Baronata Bakunin escribe en su *Memoria* del 28-29 de julio de 1874: "...Fué desde hace mucho tiempo, desde el otoño de 1872 o el invierno de 1873 [1872-73] que Cafiero concibió espontáneamente la idea de comprar en Locarno una casa con más o menos terreno y de la cual yo sería el propietario nominal, donde residiría yo con toda la familia constantemente y que serviría al mismo tiempo de lugar de descanso, de refugio o de habitación pasajera para todos los íntimos. Durante todo el invierno de 1873 no [se trató] más que de eso en nuestras conversaciones íntimas [lo mismo] que en nuestra correspondencia con Cafiero".

Bakunin, vuelto el 23 de octubre de 1872 de Zurich a Locarno, fué visitado por Cafiero del 4 al 11 de noviembre y a partir del 23 de diciembre. Desde el 31 de diciembre ignoramos tales fechas. El 29 de diciembre, cuando Cafiero y Carmelo Palladino, de Nápoles, estaban en su casa, Bakunin anotó: "por la mañana hablado de nuestros asuntos. Resolución de las más íntimas entre los hermanos". Como no es conocida ninguna acción pública que pueda referirse a esa resolución, se permitirá la hipótesis

que entonces se habrá decidido sobre la adquisición de una casa, el retiro ficticio de Bakunin de las filas de los militantes, etc. Todo eso pasó antes del arresto de Cafiero el 16 de marzo de 1873 por 54 días y su permanencia desde ese tiempo, según se sabe, en Barletta donde liquidó la parte esencial de su fortuna.

En el mes de agosto de 1873, escribe Bakunin en la Memoria, Cafiero vino por fin a Locarno librado de sus hermanos y trajo consigo el primer dinero".

Estas líneas las ha visto Bacchelli en mi pág. 731 de la biografía de 1900 y no ha prestado atención al pasaje citado más arriba y que se encuentra nueve líneas antes en la misma página. Pone, pues, de un solo plumazo las primeras insinuaciones de Cafiero sobre su proyecto en el mes de agosto de 1873 (pág. 6), lo que no le impide hacer decir a Bakunin ese mismo día, que su carta al *Journal de Genève* había sido publicada ya, carta que apareció el 25 de septiembre en ese periódico (págs. 750-1 de mi libro de 1900). Y Cafiero ¿de dónde le hace ir Bacchelli? De Rusia, donde se ha casado con la señorita Olimpia Kutusova, hecho real, pero que tuvo lugar en San Petersburgo el 27 de junio de 1874 tan sólo. Ese viaje ruso de Cafiero le alejó de la Baronata desde el fin de mayo o al menos durante junio hasta los primeros días de julio de 1874 (v. Guillaume, *L'Int.* III, 99, 187, 198; de regreso en Locarno los esposos no habitan en la Baronata). Estos no son detalles cronológicos sin importancia. Son ante todo hechos materiales que Bacchelli tenía al alcance de la mano y que ha reemplazado por otros que no existen. Además son puntos de partida para su argumentación en el libro, cuya base es viciada así.

Se ha sabido generalmente por una carta y algunas palabras que Dragomanoff publicó en 1895, y por los numerosos documentos de mi libro de 1900, que el viaje de Bakunin a Bolonia no fue una de las expediciones aventureras que hizo con pleno ímpetu, por su propia iniciativa, sino que fue por razones graves, contra su gusto, con la muerte en el corazón. Y cuando una parte importante de los materiales recogidos por mí en 1903 fue presentada e interpretada por Guillaume en 1909, se supo todavía en el detalle documentado que a consecuencia de la crisis financiera de la Baronata, llegó el 25 de septiembre de 1874 a Neuchatel, que, por boca de Guillaume, este y Spichiger, del Jura, Cafiero y Ross, declararon interrumpir las relaciones políticas con Bakunin, a quien consideraban indigno, caído, un hombre terminado. Bakunin resume esa escena con estas palabras: "ruptura definitiva y completa". Cuando Guillaume a partir de 1904 supo por mí que yo estaba enterado de esa jornada desastrosa, ha dicho: sí, puesto que usted lo sabe: ese día he ejecutado a Bakunin. Yo le he respondido que anotó ese día: "James frío como hielo, seco como bise [el viento frío de Suiza], cortante como una cuchilla, y más maestro de escuela que nunca". Guillaume no ha chistado al saber esas palabras duras, estaba penetrado del sentimiento de haber obrado como justiciero y de haber hecho bien. Hemos tenido muchas discusiones sobre todos los detalles según los documentos, los testimonios de Ross y de la señora Cafiero, que Guillaume recogió, de acuerdo al testimonio de Emilio Bellerio, las impresiones de Malatesta, la opinión de Kropotkin, etc. que me eran conocidos. Malatesta, activo en Italia misma, cuando otros veraneaban en la Baronata, conociendo a fondo los temperamentos de Bakunin y de Cafiero, no siendo testigo ocular ni estando informado en deta-

lle, hasta se guardó el secreto, sobre un número de fases, retenido también en prisión largo tiempo, no tomó el asunto muy en serio. Kropotkin, ignorando la cosa en aquél tiempo, pero conociendo las peculiaridades de Cafiero y las de Guillaume, se pronunció hacia mí enteramente en favor de Bakunin.

Ross creía y cree todavía haber obrado del mejor modo, pero posee una verdadera ternura por Bakunin, como he podido ver en nuestras conversaciones de 1922 en Viena. Pero Guillaume quedó inquebrantable, acumulando argumento tras argumento para justificar el acto cruel de Neuchatel, y lo que dice sobre Bakunin en todos esos años en su gran libro, tomo III, 1909, está inspirado, lo haya él querido o no, en cada ocasión, por su necesidad intensa de justificar el 25 de septiembre de 1874 ante su propia conciencia. De eso puedo darme cuenta por la selección que ha hecho de los materiales completos que yo le había remitido. Ha escrito la apología de sus amigos y de él mismo, no un examen imparcial. Puedo decir eso aun cuando no está ya ahí, pues le he reprochado muchas veces cara a cara su dureza. Fue un hombre que no cambió y que no podía ver las cosas con un espíritu más amplio en 1904, y no pudo tampoco hacerlo desde 1904 a 1912.

Así a consecuencia de la Baronata, las actividades políticas de Bakunin fueron cortadas veintinueve meses antes de su muerte, y el apoyo que habría dado de buena gana desde 1874 a 1876 fue considerado, declarado una cosa sin la cual se prefirió pasar por aquellos a quienes él consideraba una parte de sus amigos más próximos. Bakunin no se ha dirigido entonces a otros amigos que tenía y que ignoraban lo que había pasado, a Eliseo Reclus, a Farga Pellicer, a Malatesta que, por lo demás, estaba en la cárcel. Fue primeramente a Berna, a casa de sus amigos Reichel y Vogt, después a Lugano donde se había establecido su familia.

Ahora ¿cuáles fueron los reproches que se le hicieron? No otra cosa que la pérdida del dinero de Cafiero por las operaciones costosas en la Baronata, proezas de arquitectos, empresarios, proveedores, todo el mundo local de Locarno que se hizo pagar caros los pedidos que extranjeró, en apariencia muy ricos, y sin experiencia en negocios y dotados de una benevolencia ingenua, les hacían, o a los cuales persuadían mediante engaños.

Segundo, derroche por una intendencia costosa, comenzando por un camarada, que llevaría su familia, y así sucesivamente, máximo de bocas inútiles y mínimo de trabajo, y al mismo tiempo; alojamiento y mesa abiertos para camaradas de paso, de los cuales los más útiles se van pronto, pero de los cuales los menos útiles se eternizan en ese oasis creado por el rico Cafiero.

Tercero, y este fue el gran reproche, Bakunin, a quien Cafiero había prometido que le crearía una casa de reposo donde con su familia pasaría sus años — tenía 59 en 1873, pero estaba minado por la enfermedad, — fue acusado de tener siempre más en vista sus propios intereses, no pensando más que en procurarse una bella propiedad a expensas de Cafiero y de la causa revolucionaria. En una palabra, Bakunin no interesaba a Cafiero más que en tanto que era la expresión suprema de las capacidades revolucionarias de entonces, no como amigo, no como anciano que había prestado servicios y que pensaba haber merecido un rincón de reposo para sus últimos días, que no fueron muy largos.

Sin entrar en el detalle, pienso que es bastante

claro que esos cargos se contradicen. Si Bakunin hubiese querido explotar a Cafiero para tener una casa, no habría dejado evaporarse el dinero de Cafiero en construcciones ruinosas y en administración derrochadora y procurando un asilo sobre todo a camaradas demasiado poco activos que no sabían hacer otra cosa en otra parte. Lo que se hizo, las decisiones prácticas sobre la persuasión de los interesados locales, que se daban todos lo mano, y una laxitud en intendencia y hospitalidad, ha tomado su origen al comienzo, en agosto de 1873, cuando Cafiero, Bakunin y sus amigos concertaron entre ellos las medidas a tomar, después ya a comienzos de septiembre Bakunin parte para Berna por un mes y en ese intervalo, estando presente Cafiero — como todo lo hace creer — el mal tuvo su comienzo.

Las primeras decisiones, después de la compra, sobre las construcciones a hacer, fueron tomadas en ocasión de una visita al lugar hecha por Bakunin, Cafiero, el doctor Jacoby (un ruso) y V. Saitseff y sus mujeres (la señora Elena Saitseff fue la hermana de la futura mujer de Cafiero) y Ostroga (Mroczkowski), que habitaba en Mentón, en visita de verano en Locarno. Ostroga, a invitación de Cafiero, hizo dos planos de una nueva casa. Cafiero opinó en favor de la más grande de las construcciones proyectadas, pero al fin se decidió agrandar una casa antigua demasiado pequeña y húmeda, y Cafiero quiso que se le agregase todavía un vasto invernadero y una sala de baño.

En ese mes de agosto Ross y Debagorio Mokrievitch van a Locarno. Bakunin habita en la misma casa que Saitseff, en la ciudad. Cafiero va a verle. Bakunin y sus visitantes en bote por el lago visitan la Baronata, no habitada todavía, una casa de dos pisos con muros amarillos descoloridos; olor a humedad y enmohecimiento. Con los dos militantes rusos se habla de pasajes subterráneos de la casa a la montaña y hacia el lago, de una caverna para un depósito secreto de armas, etc.

En esos preparativos, Bakunin parte para pasar tres o cuatro semanas en Berna por tres motivos al menos, el examen de su salud por el profesor Adolf Vogt, para darse la apariencia de retirarse de la vida de militante y hacer comprender eso a los personajes radicales del gobierno federal suizo bien conocidos de Vogt y de Reichel en trato social, y para estar en contacto con el congreso de la Internacional en Ginebra, por cartas rápidas enviadas mediante Guillaume y más tarde por las visitas discretas de una parte de los delegados, de Farga Pellicer, Viñas, Alerini, Paul Brousse y otros. Conforme a estas apariencias de retirada, fueron escritas la carta al *Journal de Genève*, aparecida el 25 de septiembre, y la dirigida a los camaradas de la Federación jurasiana, aparecida el 12 de octubre.

Durante ese mes de septiembre la Baronata fue poblada y organizada y Bakunin escribió en la Memoria: "Volví de Berna a la Baronata, hallé esta última en pleno derroche. Encontré instalada allí a la santa familia Nabruzzi — [el internacionalista de Ravenna, Ludovic Nabruzzi], su madre y una señorita muy difícil de clasificar, además dos españolas, uno de mis amigos italianos más queridos [Guillaume, III, pág. 158, 181, piensa que fue Costa, pero no hay prueba directa] y Fanelli [que según lo que me ha dicho Gambuzzi en 1899 quedó muy poco edificado con lo que pasaba]. El gasto ordinario, dirigido por la santa familia era enorme. Era como para estremecerse".

Bakunin reconoce que el llamado de Nabruzzi como intendente y de su madre como gobernanta, fué decidido entre él y Cafiero, y que fué "una elección enteramente desgraciada". Sin duda Nabruzzi fué elegido por ser un hombre de toda confianza en asuntos revolucionarios, pero fué "al mismo tiempo por completo incapaz para dirigir y administrar la menor de las cosas". Después de haber descartado a las dos mujeres — Nabruzzi quedó —, el padre del difunto Vincenzo Pezza, que había sido "maitre d'hotel" de un marqués, fué empleado, pero no se economizó nada. Después, con ayuda de la señora Saitseff, Bakunin dice haber establecido un poco de economía. Bakunin protesta, grita, pero no se escucha nada.

Por otra parte la casa alimentaba y alojaba a una masa de personas, no hubo ningún orden, un derroche general de todas las cosas.

En cuanto a la señora Antonia Bakunin, entonces en Siberia en casa de sus padres. Cafiero — escribe Bakunin — le exhortó a llamarla, con los hijos, y ya en octubre le fué enviado el dinero con ese fin. Había partido para Siberia a consecuencia de la desolación de sus padres por la muerte de un hermano, despidiéndose de Bakunin en Basilea el 3 de julio de 1872 y volviendo a Locarno el 13 de julio de 1874. Había conocido a Cafiero del 2 al 17 de junio de 1872, en ocasión de su primera visita a Bakunin.

La señora Bakunin, que marchó sabiendo que Cafiero era gran amigo de Miguel, sabiendo después que, por la generosidad de Cafiero, Bakunin poseía una casa que está dispuesta para recibirla, llamada para que regresará con ayuda de Cafiero — "me apremió para hacerla volver lo antes posible ofreciéndome todo el dinero necesario para el viaje" escribe Bakunin en la Memoria, — volvió por tanto después de dos años de ausencia sobre la fe de esas seguridades y no dudando de nada. ¿Era extravagante o intrusivo para ella el regreso a casa de su marido en tales condiciones? ¿Era una enormidad cometida por Bakunin, que dió su esfuerzo, su talento, a la parte revolucionaria o conspirativa de la Baronata, el hacer que después de dos años su familia se le reuniera de nuevo?

Se había cometido el error piadoso de ocultar la verdadera situación a la señora Bakunin. Según la Memoria, sólo Emilio Bellerio, Saitseff, Remigio Chiesa (ingeniero tessines), el Dr. Jacoby y Ostroga y sus mujeres fueron iniciados en las verdaderas relaciones entre Cafiero y Bakunin. La Memoria justificativa fué escrita precisamente el 28 y 29 de agosto en Splügen, para explicarlo todo a la señora Bakunin, lo que Miguel desde el 13 de junio no se había atrevido (digamos la palabra) a hacer verbalmente. Sólo "durante toda la noche de Locarno a Bellinzona [a Splügen, noche del 27 a 28] no cerré los ojos y pensé en Cafiero. El resultado de todos esos pensamientos es este: No debo aceptar nada más de Cafiero, ni siquiera sus cuidados por mi familia después de mi muerte [que pensaba encontrar en Bolonia]. No debo, no quiero engañar más a Antonia, y su dignidad, su altivez le dirán lo que tendrá que hacer. El golpe que recibirá será terrible, pero cuento con la energía y la fuerza heroica de su carácter que la sostendrá, confío en ello" — y termina la Memoria con estas palabras: "Antonia, no me maldigas, perdóname. Moriré bendiciéndote a tí y a nuestros queridos hijos". Así el 29 de julio, al dirigir ese largo documento a Emilio Bellerio,

para su lectura, le incita de inmediato a "darlo a leer a Caffero que podrá hacerlo leer a su mujer, si así lo considera bueno, y sólo después que lo haya leído y agregado sus observaciones, si lo encuentra necesario, darlo a leer a Antonia, pero destruirlo de común acuerdo, puesto que contiene hechos políticos que no deben salir nunca del círculo de los más íntimos".

¿Qué hizo Bellerio? Tuvo el cuidado inteligente de hacer una copia del documento (24 págs. en 4.º), la cual he podido copiar yo en 1899, y remitió el original a Ross. ¿Qué hizo éste? Se aconsejó con Caffero y se resolvió no remitir el documento a la señora Bakunin. Pero no fué destruido tampoco, sin embargo; Caffero lo remitió en septiembre a Guillaume el que sobre él, entre otras cosas, formó su opinión que condena a Bakunin. Guillaume informó en ese sentido que a sus amigos del Jura, Schwitzguébel y Spichiger, que forman una opinión conforme a la suya, sólo que Schwitzguébel halló el medio de no asistir a la escena de "ejecución" y Spichiger, como lo nota Bakunin, "él sólo muestra corazón"; había llorado. El manuscrito quedó luego en poder de Guillaume, el cual en 1898 en uno de los días de melancolía negra en que destruye lo que cae en sus manos de viejos papeles, lo ha quemado (v. *L'Int.* III, págs. 97 y 186). En octubre de 1874 Bakunin se hizo remitir por Bellerio su copia y la conservó intacta; Bellerio le había escrito el 20 de agosto que había hecho esa copia.

¿Qué se hizo aún? Ross se encargó de comunicar verbalmente en presencia de Bellerio a la señora Bakunin que la Baronata no pertenecía ya, ni siquiera nominalmente, a Bakunin, que la había cedido ante notario a Caffero. Se le dijo todavía que Bakunin, si vuelve de Bolonia, podría vivir de nuevo en la Baronata, a lo cual ella dice que no quedará más allí y se fué en un plazo de dos o tres días.

Recibió pues esa comunicación no en la forma explicativa que Bakunin había elegido en la Memoria escrita para ella, sino en la forma cortés, pero despiadada, que Ross, como si ejecutase fielmente un mandato revolucionario imperativo, debió dar a sus palabras. Ross se hizo cargo por tanto de la tarea desagradable de comunicar una sentencia definitiva a la señora Bakunin, como Guillaume hizo lo mismo respecto de Bakunin un poco más tarde. Uno y otro fueron hombres excelentes que creían y creen todavía haber realizado un deber revolucionario. "Para nosotros ella era una persona completamente extraña", escribe Ross en 1914, y Bakunin, sacudido según la opinión de Guillaume, entre las preocupaciones por la revolución y las preocupaciones por su familia, se había convertido para Guillaume en un no-valor revolucionario, en un hombre a quien comunicó su sentencia el 25 de septiembre, a quien se le darían todavía fondos y que podría hacerse útil escribiendo folletos, pero a quien se le descartaría de la conspiración activa o de las cosas verdaderamente importantes.

Bakunin no se encontraba, durante todos esos años, en su conciencia, en la situación de un hombre sin recursos y sin esperanzas, por aguda que fuese a menudo la crisis inmediata. Le era debida desde la muerte de su padre su parte de la herencia paterna, igual a la de los otros hermanos y hermanas que vivían en Rusia como gentilhombres y gentes acomodadas. Su proscripción le hacía imposible hacer valer esos derechos o recibir públicamente su

parte de herencia, pero la sustancia misma, su parte de la herencia, no había sido nunca confiscada. Sus hermanos no le negaban el derecho moral a tener su parte, como ellos mismos, pero — una cosa que llevaría muchas páginas al exponerla en detalle — no se apresuraban tampoco a entregarle su parte. Miguel les presentó su situación por cartas e intermediarios constantemente, excusas con concesiones, tomando todos los miramientos y cuando otros recursos se le ofrecían, los de la princesa Obolenska (señora Ostroga), de algunos rusos en Zurich, y sobre todo de Caffero, interrumpía su esfuerzo, pero lo reanudaba en tiempo de crisis. Así en la Memoria misma, dice: "Por otra parte he hecho todo lo que he podido para asegurar al menos en parte la suerte de mi familia. He escrito una carta, un adiós supremo a mis hermanos que, por lo demás, no han renegado nunca de mis derechos a una parte de la propiedad que tenemos en común y que me han pedido siempre, para entregar esa parte, que les envíe un hombre investido con mi plena confianza y con todos los plenos poderes necesarios para recibirla"... Remitió entonces esos poderes a la señora Sofia Losovska, una hermana de su mujer, mujer enérgica que se ocupó verdaderamente de la cosa; pero que no salió triunfante más que en 1876, en los últimos meses de la vida de Miguel, retirando una suma muy por debajo de las esperanzas y del verdadero valor de la venta de la corta de un bosque que fué preciso vender en circunstancias desastrosas a vil precio. Pero se hizo, y esa es la prueba material de que Bakunin podía contar en 1874 con algunos recursos sustanciales — y es en esa espera que se dirigió todavía a Caffero, a pesar del 25 de septiembre, para que le facilitara ese período transitorio por su préstamo regular.

Resume la situación en estas palabras escritas a Bellerio el 9 de diciembre de 1874 (Lugano), a un hombre independiente por tanto que sabía amigo también de Caffero y testigo de su vida en Locarno durante toda su permanencia allí, de 1869 a 1874: "... No se trata de ningún modo de un acto de complacencia de su parte (de parte de Caffero), sino de un acto de estricta justicia. Porque después de haberme arrojado al imprevisto en una posición imposible, después de haberme dejado en Bolonia sin dinero, después de haberme llamado a Splügen, y después de haber cometido mientras que me encontraba allí, de común acuerdo con () y bajo su influencia directa, una cantidad de verdaderas villanías que tú ignoras todavía — es al menos quien debía no por una donación sino por un empréstito, darme la posibilidad de salir de un horrible callejón sin salida, y lo había prometido tan bien, que me había declarado en presencia de otros ex-amigos, en Neuchâtel, que desde el momento que hallase uno, tú u otro, que le garantizase el pago a término designado... me prestará contra una letra de cambio firmada por mí y contrafirmada por tí o por otro individuo solvente, no 1000 francos, sino 3000 — era un asunto arreglado..."

Habría sido preferible dejar tranquilo a Caffero que, después de haberse creído durante algún tiempo un eje material de la revolución social por su rico patrimonio que estaba dispuesto a sacrificar por ella, y que había visto ese patrimonio, por realizaciones rápidas a bajo precio, por trabajos de excavaciones y de albañilería en una propiedad desahogada y costosa, por actos de camaradería demostrado derrochadora, por reclamaciones de fondos de

ELISEO RECLUS

LA EDUCACION

El arte de la educación, como todas las demás artes, es de invención prehumana. En todas las conquistas del ingenio, el hombre ha sido precedido por los animales, y ha seguido falsa vía siempre que se ha separado del ejemplo recibido. La educación, tal como se comprende por nuestros "hermanos inferiores", ha conservado su carácter normal, eficaz, en tanto que entre los humanos ha degenerado frecuentemente en pura rutina y a veces ha obrado en sentido inverso de su objeto: no es raro que se convierta en verdadero embrutecimiento. Una avecilla enseña graciosamente a sus polluelos el arte de evitar al enemigo y de buscarse el sustento; después, gorgeando, les recita lo que podríamos llamar "aires nacionales", les enseña a sostenerse en el vacío aparente, les hace remontar su vuelo a distancia cada vez mayores de su cuna natural, y cuando ya nada puede enseñar a su progenitura y la igualdad es completa en fuerza, en destreza y en inteligencia, se retira, abdicando su función de educadora. Los animales en contacto con el hombre, con el zorro, el perro y el gato, dirigen sus crías ejercitándolas en saltos y en juegos de fuerza y agilidad en los momentos en que

diversos lugares revolucionarios, reducirse tan pronto y desmenuzarse hasta la insignificancia; — habría valido mejor dejarle en su dolor, su cólera, sus acusaciones contra él mismo y otros. Pero por las agravaciones de la situación Bakunin también se consideraba víctima, arriesgando perder tanto su reputación como su familia, porque su mujer se consideraba insultada, engañada por las promesas de una vida tranquila en lo sucesivo segura, insultada por la enemistad absoluta que encontró. Entonces Bakunin quería una reparación relativa en la forma más arriba descrita que facilitaría el período transitorio. Otros habrían desdenado hacer eso mismo, pero es una cuestión aparte.

En todo caso, el lector no iniciado, hallará en estas observaciones una parte al menos de lo esencial en el asunto de la Baronata, y si un romanzista, que se dice basado en el examen de los hechos históricos, se desvía del cuadro de esos elementos primitivos, se convierte en una obra cualquiera de alta fantasía y no tiene el derecho a reclamarse basada en hechos históricos. Examinemos ahora qué bases ha dado Riccardo Bacchelli a su romanzito.

los tiernos animalillos tienen a su disposición un excedente de energía que derrochar.

Pero esa excedencia enérgica se emplea siempre de la manera más seria, aunque con todas las demostraciones de la alegría, porque los juegos tienen por objeto, consciente entre los padres, aunque inconsciente entre los hijos, acomodarlos a todas las obras y a la conducta de la vida que va a comenzar pronto con todo el séquito de trágicos peligros. Según la clasificación de Cross, los juegos consisten en el examen de las cosas, la observación de los movimientos que diferencian las especies diversas, la caza a la presa viva, muerta o imaginaria, la lucha, la construcción de las cabañas, la investigación de los hechos que diferencian las especies diversas, la caza a la presa viva, muerta o imaginaria, la lucha, la construcción de las cabañas, la investigación de las actitudes y de las acciones de los adultos que para la especie humana, se refleja principalmente en los cuidados que se aplican a la muñeca como símbolo del hijo futuro: lecciones todas que son para los pequeños un ensayo de la vida.

Así es la educación entre los primitivos. Los niños permanecen cerca de los padres, de quienes imitan el lenguaje, los ademanes y las acciones, haciéndose hombres sobre el modelo del padre, mujeres sobre el de la madre, pero siempre en plena naturaleza y en el mismo círculo de trabajo que habrán de ocupar cuando los viejos ya no existan. Todo progreso depende de su propio genio, de su más estricto talento de adaptación al ambiente que han de utilizar para la conquista del bienestar. La escuela es para ellos lo que fué para los helenos libres: la hora del recreo y del reposo para los padres, el descanso de la tarea diaria y, por extensión, el período de las agradables conversaciones, de la amistad que reconforta, del paseo en que se hace exposición de las ideas. Pero en aquella época de civilización, las exigencias rompían ya la unidad primitiva de las familias y obligaban a colocar los hijos bajo la dirección de educadores especiales. Así nació la escuela. A lo menos el contraste que presentaba el tratamiento de los escolares en los diferentes países indica qué naciones se hallaban en un período de progreso y qué otras en una vía regresiva. Las esculturas y los cán-

ticos representan a los niños griegos jugando, danzando, coronándose de flores, mirando gravemente a las mujeres y a los ancianos, en tanto que los documentos egipcios muestran con insistencia el palo que el maestro hacía resonar sobre las costillas del alumno. También usaba mucho el vergajo el educador hebreo, y de él, por mediación de los libros "santos", nos viene el dicho tan funesto para tantas generaciones de niños: "Quien bien ama, bien castiga".

Durante el período histórico actual, tan notable por la amplitud del teatro en que se debaten los problemas vitales de la humanidad, se emplean a la vez todos los métodos de educación. La mayor parte han admitido por punto de partida que el maestro reemplaza a los padres, especialmente al padre, que le delega todos sus poderes como director, maestro y propietario de su hijo. Pero el padre no es el único poseedor de su hijo, la sociedad, representada según la lucha de los partidos, sea por la Iglesia, sea por el Estado laico, se considera también como propietaria del alumno y manda que se le enseñe según el uso a que se le destine en el curso de su vida ulterior. Al fin, apoyada sobre las reivindicaciones espontáneas de los mismos niños, comienza a vislumbrarse la idea de que son seres iguales en derechos a las personas mayores, y que su educación ha de corresponder, no a la voluntad del padre, ni a las exigencias de la Iglesia o del Estado, sino a las necesidades y a las conveniencias de su desarrollo personal. Débiles y pequeños, los niños son por eso mismo sagrados para los mayores que los aman y los protegen. Las escuelas, escasas aún, en que ese principio de la pedagogía se practica estrictamente, son lugares de alegre y fructífero estudio, merced a esa "reverencia extrema" a que el niño tiene derecho y que le profesan sus maestros.

A cada fase de la sociedad corresponde una concepción particular de la educación, conforme a los intereses de la clase dominante. Las civilizaciones antiguas fueron monárquicas o teocráticas y su supervivencia se prolongó en las escuelas, porque, en tanto que en la vida activa del exterior los hombres se desprenden de las opresiones antiguas, los niños, relativamente sacrificados como las mujeres en razón de su debilidad, han de sufrir por más tiempo la rutina de las prácticas antiguas. El tipo de nuestros manuales de educación existe hace ya miles de años, y se repiten aún casi en los mismos términos los preceptos "moralizadores" que en ellos se hallan: "¡Obedecer!", tal es en el fondo la única moral predicada en un libro del príncipe indio Phalah-Hotep, redactado, quizás solamente reproducido, al fin de la quinta dinastía, es decir, hace más de cincuenta siglos, y conservado en la Biblioteca Nacional de París. En obedecer, para ser recompensado por una larga vida y por la benevolencia de los que mandan, consiste toda la sabiduría, de lo que el mismo prin-

cipe autor se ofrece como ejemplo: "Así he llegado a la ancianidad en la tierra; he recorrido ciento diez años de vida con el favor del rey y la aprobación de los ancianos, cumpliendo un deber con el rey en el lazo de su gracia", que es exactamente la misma moral reproducida después en el mandamiento puesto por Moisés en la boca de Dios: "Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días sean prolongados sobre la tierra que el Eterno tu Dios te dá".

La duración tenaz de las preocupaciones, que induce a confundir las relaciones afectuosas de la familia con los supuestos deberes de severidad de una parte y de estricta obediencia de otra, perturba la claridad de juicio relativamente a la dirección de las escuelas. Si la libertad ha de ser completa para cada hombre en particular, parece que los padres son perfectamente libres de dar a sus hijos la educación tradicional de castración y sumisión, lo cual no es exacto, porque el padre no puede atentar contra la libertad del hijo.

En las relaciones sociales con sus semejantes, los hombres libres no pueden admitir en el padre un propietario legítimo de su hijo y de su hija, como, desde Aristóteles a San Pablo y desde los Padres de la Iglesia a los padres de la Constitución america-



EL NIÑO August Rhades

na se consideraba al amo como el poseedor natural del esclavo. Los confesores de la moral nueva han de reconocer el individuo libre hasta en el recién nacido, y le defienden en sus derechos contra todos y especialmente contra el padre. No hay duda que esta solidaridad colectiva del hombre de justicia con el niño oprimido es cosa muy delicada, pero no por eso deja de ser un deber social, porque no hay término medio: o se es campeón del derecho o cómplice del crimen. En esta materia, como en todos los asuntos morales, se plantea el problema de la resistencia o de la no resistencia al mal, y si no se resiste, se entrega de antemano los humildes y los pobres a los opresores y a los ricos.

Algunos educadores comprenden y que su objetivo consiste en ayudar al niño a desarrollarse conforme a la lógica de su naturaleza, en hacer que florezca en la joven inteligencia lo que ya posee en forma inconsciente y en secundar estrictamente el trabajo interior, sin precipitación y sin conclusiones prematuras. No ha de abrirse la flor a la fuerza ni cebar el animal o la planta dándole antes de tiempo un alimento demasiado substancial. El niño ha de ser sostenido en su estudio por la pasión, y ni la gramática ni la literatura, ni la historia universal ni el arte pueden todavía interesarle; sólo puede comprender esas cosas bajo una forma concreta, la feliz elección de las formas y de las palabras, las relaciones

y las descripciones, los cuentos, las imágenes. Poco a poco, lo visto y oído le suscitará el deseo de una comprensión de conjunto, de una clasificación lógica, y entonces será tiempo de hacerle estudiar su lengua, de demostrarle el encadenamiento de los hechos, de las obras literarias y artísticas; entonces se apoderará de las ciencias de una manera diferente a la de la memoria y su naturaleza misma solicitará la enseñanza comparada. Como los pueblos niños, la infancia ha de recorrer la carrera normal representada por la gimnasia, los oficios, la observación, los primeros experimentos. Las generalizaciones vienen después. De lo contrario, es de temer que se desflore la imaginación de los niños, que se gasten antes de tiempo sus facultades mentales, y que se les haga escépticos y estragados, que es el mayor de los males.

El amor y el respeto del maestro al niño deben prohibirle en su trabajo de tutela y de enseñanza el empleo del procedimiento sumario de los antiguos déspotas, la amenaza y el terror; no tienen a su disposición más fuerza que la superioridad natural asegurada al educador por el ascendiente de su estatura y de su fuerza, su edad, su inteligencia y sus adquisiciones científicas, su dignidad moral y su conocimiento de la vida. Ya es mucho, siempre que el niño conserve el pleno dominio de sus facultades, y no se disminuye por el exceso de trabajo.

G. BASTIEN

Anarquismo y cooperación

Entre todos los movimientos sociales, de múltiples formas y de diversos programas, que se reparten la actividad de los hombres que trabajan por el progreso social, hay uno que es demasiado desconocido de los movimientos anarquistas: es el cooperativismo.

Es sin embargo ese el que se acerca más a nuestras concepciones de organización libertaria de la sociedad económica, la que procura, y consigue parcialmente, crear, desde hoy, en el seno mismo del régimen social actual, nuevas formas económicas basadas en la abolición del beneficio y del capitalismo, y sobre la organización directa de los interesados.

Ciertamente, el cooperativismo, tal como es practicado, con sus dirigentes de hoy, está lejos de ser perfecto. No se evade totalmente del medio ambiente. El egoísmo, la ambición, el arrivismo, la política penetran en él y lo desnaturalizan a menudo. ¿Pero no se podría decir otro tanto casi de todos los mo-

vimientos? Si fuera preciso condenar todas las formas de organización porque sirven de terreno a los arrivistas, habría que condenarlas todas: tanto los sindicatos como las cooperativas, las colonias libertarias como los grupos de estudios sociales. Sería preciso condenar el anarquismo mismo porque hay anarquistas que han procedido mal.

La cuestión que se plantea, cuando se examina un movimiento, está en saber cuáles son esos puntos de concordancia y sus divergencias con nuestro ideal social. El resto, las desviaciones de dicho movimiento, es cuestión de los militantes que se adhieren a él el volver a llevar la organización por el camino recto.

La cooperación tiene esto de particular que, teóricamente al menos — y corresponde a cada uno el que su teoría se vuelva práctica — representa la forma de organización económica existente que ha dado más pruebas de vitalidad y de continuidad, que

se aproxima más a la organización social soñada por los anarquistas: comunistas libertarios e individualistas asociacionistas.

La cooperación agrupa una cierta cantidad de personas que tienen una necesidad o un interés común. Una vez asociados, forman un organismo que tiene por objetivo la satisfacción — en las mejores condiciones posibles — de esa necesidad y de ese interés. Es la organización directa por los interesados la que trata de implantar en lugar de las formas económicas actuales: capitalismo, patronato, comercio etc.

¿No es esa una tentativa para poner en práctica nuestro ideal social? Esos grupos de consumidores, al suprimir al comerciante, esas organizaciones de usurarios que se ponen en lugar de las compañías explotadoras; esas asociaciones de trabajadores que laboran en común, sin patronos ¿no es eso, en principio, lo que desean instaurar los comunistas libertarios y los individualistas asociacionistas? ¿No es la forma de organización que permite la continuidad del funcionamiento bastante complejo de la economía social actual y que deja a las individualidades asociadas la suma de libertad más grande prácticamente posible?

Para el que eche una mirada complexiva sobre el movimiento cooperativo, sobre su diversidad de formas, la primera impresión es conforme a lo que escribo más arriba: la cooperación no se puede encerrar en una fórmula rígida, varía hasta el infinito.

Es una flora maravillosa que crece en todos los climas, en Europa como en Asia, en Africa como en América. No existe hoy ninguna raza humana que no tenga sus grupos cooperativos. Los hielos del norte y el sol de los trópicos le son igualmente favorables.

La cooperación de consumo domina, ciertamente, porque es la más sencilla y la más fácil de organizar, pero al lado de esa gran hermana, vemos una multiplicidad de formas cooperativas que no han dicho su última palabra: cooperativas agrícolas, de producción, de mano de obra, de alojamiento, de construcción, de crédito, de electrificación, de ediciones, etcétera, etcétera.

No existen hoy apenas partes de la actividad humana, material, donde la cooperación no haya penetrado, fructificado, crecido.

Esa expansión no tiene nada que pueda sorprendernos. Corresponde a un nuevo impulso social. En la áspera lucha por la vida, en la que se desgarran los individuos, a codazos, pisoteándose, para conquistar posición y fortuna, lucha que ha creado la autoridad, la jerarquía, la explotación; combate que envilece y desmoraliza a los humanos; que arroja a los individuos unos contra otros, llenos de odio y de crueldad, se va introduciendo lentamente una moral nueva: la de la asociación, de la paz que reemplazará la guerra en el terreno económico. La cooperación no es más que la aplicación práctica, material, de esa nueva orientación de las conciencias.

La experiencia, hecha hoy, que puede modelarse sobre los caracteres colectivos de los pueblos y revestir una infinidad de formas variadas y múltiples,

aplicándose a las necesidades y a los temperamentos individuales, es de naturaleza como para hacerla tomar en consideración por todos los anarquistas que se interesan en el problema de la renovación social.

ALGUNAS NOTAS HISTÓRICAS.—

Tratar de esbozar la historia del movimiento cooperativo en el cuadro de un folleto, es una imposibilidad. M. Gaumont ha escrito, nada más que sobre la historia de la cooperación en Francia, una gran obra de 1300 páginas.

Contémoslos, pues, con algunas breves notas históricas.

La cooperación, más que ningún otro movimiento social, no tiene un origen preciso. No se podría decir: en tal fecha, tal experiencia ha abierto la era cooperativa. Será siempre posible, a los investigadores, encontrar precursores. El que se remonte a la Edad Media, y también a Roma, se encontrará con organismos más o menos próximos a la cooperación actual.

Pero la cooperación en tanto que movimiento social no tiene apenas un siglo. Ha sido una reacción contra el orden capitalista que, habiendo roto las asociaciones corporativas, jurandes, guildas, etc., de antiguo régimen, ha instituido su potencia entregando a su explotación los productores y los consumidores aislados, sin defensa.

La era cooperativa, y la era sindicalista, su hermana, son una réplica a la era capitalista.

Entregados a sí mismos, a la explotación mercantil y patronal — se podría agregar aquí: y financiera — los explotados han tratado de fundar grupos de defensa, sindicatos, cooperativas, mutualidades, ligas, grupos de propaganda, partidos políticos, etc.

La cooperación actual ha nacido de la necesidad de defenderse contra el mercantilismo y el patronato. Luego, habiendo probado su fuerza, gana poco a poco todas las capas sociales; del proletariado industrial propiamente dicho a los pequeños agricultores, artesanos, etc. Gracias a ella, los débiles han comprendido que al unir sus fuerzas, podían rivalizar con las grandes potencias capitalistas.

Frente a las fortunas concentradas, acumuladas en manos de los reyes burgueses contemporáneos, la asociación cooperativa de los pequeños y de los medianos se levanta. La cooperación es el único medio de defenderse contra la concentración capitalista, contra la instauración de una feudalidad y de monarquías industriales, comerciales y financieras.

Los padres espirituales de la cooperación son los escritores socializantes de la primera mitad del siglo XIX.

Encontramos en Inglaterra a Owen. En Francia, a Saint Simón y su sistema industrial, aparecido en 1822. Fourier, el mismo año, escribe su "Association domestique agricole", Fourier, que ha hecho sonreír a muchas gentes por su estilo singular, pero del cual hay que reconocer hoy las verdades que ha

emitido, y las opiniones mucho más prácticas de lo que se le había creído.

Proudhon fué uno de los apóstoles del cooperativismo. Su libro: "¿Qué es la propiedad?", aparecido en 1840, lo testimonia. Preconiza el crédito y el mutualismo. Definió su sueño social: "Pequeños propietarios espontáneamente asociados". Después del golpe de Estado napoleónico, preconiza la asociación cooperativa de los productores, en el "Manuel du Speculateur à la Bourse".

En la misma época, Louis Blanc hace aparecer la "Organisation du travail". Es partidario de asociaciones obreras de trabajo ayudadas y sostenidas por el Estado.

El socialismo de esta época ha sido llamado utópico, quizás porque quería ir a la realización inmediatamente. El marxismo pretendido científico, ha venido a traer una mentalidad de misticismo, una metafísica supuestamente materialista, una especie de fatalismo que espera de la evolución la transformación social sin tener otra cosa que hacer que organizarse para la toma del poder.

El socialismo llamado utópico culminaba en la acción directa inmediata y constructiva. El socialismo marxista ha culminado en la política y en sus decepciones.

La idea cooperativa, antes de desarrollarse, ha tenido que combatir contra los políticos que le negaban todo valor — como el sindicalismo por lo demás — y no le reconcilian más que el papel de vaca lechera de sus partidos.

Por otra parte, los capitalistas y los gobiernos han tratado de hacer fracasar el movimiento cooperativista. En Francia, a excepción del período de 1848-1851, ha sido preciso esperar a 1865 y 1884 para poder formar asociaciones.

A pesar de todos esos obstáculos, la cooperación ha germinado, ha crecido, y se ha expansionado en muchos puntos del globo.

Se encuentran tentativas de cooperación agrícola en el Haut-Beaujolais, en 1767; un ensayo de cooperación en Guebwiller, en Alsacia, en 1828.

En 1835 se forma en Lyon "Le commerce véridique" que debía durar tres años y repartía la mitad de los beneficios a los compradores.

En 1834 Búchez y sus discípulos (saint-simonianos) fundan una asociación de trabajo cooperativo, con joyerías.

Los partidarios de Cabet habían emigrado a Texas para formar una Icaria o colonia cooperativa integral, a imitación de los discípulos de Owen y de su New Harmony.

En Inglaterra (país por excelencia de la cooperación de consumo) se encuentra una asociación para la propaganda cooperativa en Londres en 1820. Desde 1827 a 1830 los discípulos del doctor King fundan en Plymouth y sus alrededores cooperativas de consumo, en número de varios centenares, pero como reservaban el beneficio al engrandecimiento de la obra, los clientes no vinieron y su vida fué breve.

La víspera de Navidad de 1844, los tejedores de Rochdale, fundan un pequeño bolche cooperativo en

Toad Lave. Decidieron que el precio de venta sería aproximadamente el del comercio, y que los beneficios, los excedentes percibidos, serían repartidos a prorrata de las compras, y no ya de las acciones o del capital.

Esta fórmula, que no tiene nada de social en sí misma, puesto que impone el ahorro a los consumidores, en lugar de venderles al precio exacto, respondía sin duda a un estado psicológico del público, incapaz de ahorrar por sí mismo y contento con que se hiciese por él, porque permitió al movimiento cooperativo de consumo su esplendor actual, tan formidable.

Es por eso que se coloca generalmente y con un poco de ligereza el nacimiento del movimiento cooperativo en la creación de la sociedad de los "Equitativos pionniers de Rochdale".

Cosa curiosa y que prueba bien el sincronismo de los movimientos sociales, el nacimiento de los tres movimientos cooperativos principales: consumo, producción y crédito, datan de la misma época.

Inglaterra fué el país de la cooperación de consumo, que se intensificó rápidamente después de la experiencia de Rochdale. Ha permanecido la primera nación de cooperativas de consumo.

En Francia fué la cooperativa de producción la que tuvo los favores populares. Algunas se crearon antes de la revolución de 1848, pero fué sobre todo en 1848 cuando, gracias a una subvención gubernamental de tres millones, se vieron trescientas sociedades de producción, pero no tuvieron, en su mayor parte, más que una vida efímera. Sin embargo existen todavía dos o tres creadas en esa época.

El golpe de Estado suprimió el derecho de asociación. El mismo día, el general Castellane suprime treinta y cinco organizaciones en Lyon. Fué preciso esperar una quincena de años para que las cooperativas pudiesen volver a crearse.

En Alemania, fué el movimiento cooperativo de crédito — sobre todo agrícola — el que nació en esa época con Raffalsen y Schultze-Delitzsch y se amplió rápidamente.

Después, el movimiento cooperativo no ha hecho más que progresar, sobre todo el del consumo y de crédito, teniendo el de la producción dificultades materiales muy fuertes que vencer, y patinando casi sobre el mismo lugar.

En Francia hubo la larga lucha entre la escuela de Nimes, neutra desde el punto de vista político, y la Bourse des coopératives socialistes, que quería hacer de la cooperación la vaca lechera del partido. En 1912 un pacto de unidad ha terminado ese sentimiento, fusionando los dos organismos, y proclamando su neutralidad.

Se avalúa hoy (anuario de 1928) en 80.000 el número de las sociedades de consumo en el mundo, con 36 millones de adherentes, y una cifra de negocios que pasa de 50.000 millones de francos; en 100.000 el de las asociaciones de crédito, y en 80.000 el de las cooperativas agrícolas.

La cooperación, bajo todas sus formas, engloba hoy aproximadamente la vigésima parte de la población humana.

La alianza cooperativa internacional, fundada en 1895, agrupa 105 federaciones nacionales, pertenecientes a 35 países (todos los europeos, y además Canadá, Estados Unidos, India y el Japón). V. Annuaire de la coopération de 1928.

Desinteresarse de tal movimiento sería dar prueba de un total desconocimiento de la cuestión social, y confesar que se prefiere la vana literatura a las realidades tangibles y a las cuestiones que la vida social nos plantea.

NOTA DE REDACCION:—

El folleto cuya publicación comenzamos, aparecido primeramente en "La Brochure Mensuelle" (dirección: Bidault, 39, rue de Bretagne, París, 3) ha sido traducido recientemente en español para "Acción Social Obrera" de San Feliú de Guixols, por el compañero F. Pizzana. No habiendo podido conseguir todos los números de esa publicación, lo traducimos íntegro por nuestra cuenta por considerar conveniente que se estudie un asunto de tanta importancia.



Los capitalistas—Nosotros necesitamos la guerra



Los gobernantes—Nosotros declaramos la guerra



El pueblo—Nosotros hacemos la guerra

PEDRO KROPOTKIN

PREFACIO A UN LIBRO

Oyese decir frecuentemente que no deben hacerse proyectos de una sociedad futura.

Todos esos proyectos son novelas, nos dicen, y tienen el inconveniente de que un día podrán dificultar la fuerza creadora de un pueblo en revolución.

Quizá haya parte de verdad en esa observación. No hay duda que el Viaje a Icaria, de Cabét, ejerció esa influencia sobre cierto número de razonadores teóricos; pero ese es el efecto de todas las obras de sociología que han tenido alguna resonancia.

Por otra parte, es necesario hacer constar que nos damos cuenta de las consecuencias concretas, positivas, que nuestras aspiraciones comunistas, colectivas u otras podrán tener en la sociedad. Para esto nos vemos obligados a representarnos el funcionamiento de esas diversas instituciones.

¿Dónde queremos llegar por la Revolución? Conviene saberlo. Se necesitan, pues, escritos que permitan al gran número formarse idea más o menos exacta de lo que desean ver realizarse en un porvenir próximo.

La idea concreta ha precedido siempre a la realización. ¿Se habría llegado, por ejemplo, a los progresos modernos de la aviación, si cierto número de físicos y mecánicos franceses no se hubieran propuesto de una manera concreta ese objeto, esa "novela", si se quiere: "La conquista del aire por la máquina más pesada que el aire"?

Lo que conviene es habituarse a no dar a un escrito o a un libro, por bellos que sean, más importancia que la que realmente tengan.

Un libro no es un evangelio que haya de tomarse al pie de la letra: es una sugestión, una proposición; ni más ni menos. A los lectores corresponde reflexionar para adoptar lo bueno y rechazar lo que en él encuentren erróneo.

Con esta reserva, junto a los conceptos que nos representan lo conseguido por las revoluciones pasadas, bosquejemos los que podría realizar la revolución próxima.

Y cuando los que se tienen por "prácticos" (no siéndolo, puesto que trabajan para contener el progreso) nos digan: "Todo eso es novela, utopía...", les preguntaremos si acaso ellos también no tienen su "utopía".

Porque la verdad es que todos tienen su utopía al revés del progreso. Napoleón I tuvo la del imperio mundial, político y militar; el general de los

jesuitas tiene la de su imperio basado sobre la superstición y la sumisión religiosa; el buen burgués suspira por un gobierno fuerte. Cada gobernante es utópico a su manera: Briand tiene su utopía; Millebrand, la suya, y hasta el mismo Lepine, el famoso polizonte parisiense, se proponía la sumisión obrera a la dominación burguesa.

Es imposible, en efecto, influir sobre la marcha de su época sin tener una concepción más o menos clara de cómo se querría que se desarrollara la sociedad.

Lo importante, al leer una "utopía" social, es no olvidar jamás que el autor no nos ofrece una concepción inmutable, decretada de antemano, a semejanza de aquellos planes militares de campaña que traían los generales alemanes durante las guerras de 1793-1809, que fracasaban siempre ante la acción de las poblaciones simpáticas a los descamisados.

La idea — "la idea general de la Revolución", como decía Proudhon —, eso es lo que se necesita, y no recetas revolucionarias.

Pues esa idea general es lo que Pataud y Pouget tratan de desarrollar en su libro.

Es evidente, cuando se trata de un libro de este género, que el autor se ve obligado a precisar ciertos detalles de los acontecimientos; pero esos detalles, como comprenderá el lector, se dan únicamente con objeto de materializar las ideas, para evitar que floten en la vaguedad de las abstracciones.

Que el choque entre los rebeldes del próximo porvenir y los defensores del pasado moribundo tenga lugar frente a la estatua de Dalou o en otra parte; que el primer encuentro decida o no de la victoria, poco importa.

Lo importante es procurar darnos cuenta de la tendencia general que haya de imprimirse a la revolución.

¿Será el individualismo burgués y la explotación del hombre por el hombre, mitigados solamente por algunas leyes? ¿Será el socialismo de Estado? ¿Será la centralización burocrática en el Estado, en la Comuna, en la Confederación General del Trabajo y los sindicatos, o la independencia y la libre federación de los grupos productores y consumidores, compuestos por afinidades de oficio o de necesidades? ¿Será la centralización, la escala jerárquica de los gobiernos, o la abolición definitiva del gobierno del hombre por el hombre lo que nos esforzaremos en realizar?

He ahí los problemas que el libro de Pouget y de Pataud plantea y que nos invita a discutir, no de una manera abstracta, sino concreta, partiendo de los mismos hechos, de las mismas necesidades de la sociedad.

No hay duda que la vida es infinitamente más complicada que todo lo que pueda preverse. En ella surge lo imprevisto con mayor frecuencia y exigencia que en la novela, como se ha visto recientemente en la última tentativa de revolución en Rusia; pero el aspecto general de la sociedad futura se dibuja ya: se ve lo que germina; no hay más que observarlo; ya se siente toda la fuerza de los deseos de igualdad, de justicia, de independencia, de libre asociación que aparecen en la sociedad. Y estos datos sociales nos permiten casi prever adonde vamos, a condición que estudiemos lo que viene, en vez de discutir sobre lo que un tal o tal otro quisiera ver venir.

Gulado por esas ideas traté yo, hace treinta años, de bosquejar una utopía comunista en *La Conquista del Pan*.

Pataud y Pouget hacen hoy una utopía sindicalista, mostrándonos cómo los sindicatos, agrupaciones de combate contra el Capital, podrían transformarse, en tiempo de revolución, en grupos de producción; cómo podrían trabajar, cada uno en la esfera que le es propia, en la reorganización de la producción y de la distribución societarias de los productos, sin esperar para ello órdenes de lo alto. Exponen de manera muy atractiva cómo los grupos industriales, comunistas y cooperativos podrían encargarse de las funciones que el Estado y el Municipio se han apropiado hasta el presente; cómo los sindicatos formarían las estadísticas necesarias y se las comunicarían recíprocamente, sin esperar la intervención burocrática de los "Comités de estadística"; cómo realizarían la expropiación de hecho... Y así sucesivamente.

No es, ciertamente, la Anarquía lo que presentan; pero la organización que han concebido tiene ya la ventaja de no estar fundada sobre una jerarquía de burócratas, como la preconizada hasta el presente por los socialistas estatistas. Por el contrario, en el libro de Pataud y Pouget se percibe el soplo vivificante de la Anarquía en sus concepciones del porvenir, sobre todo en las páginas dedicadas a la producción y el cambio. Y lo que dicen acerca de este asunto debería ser seriamente meditado por cada trabajador anhelante de Libertad, de Justicia y de Igualdad, lo mismo que por todo el que ansie evitar los conflictos sangrientos de una próxima revolución.

Es probable que Pataud y Pouget paguen todavía excesivo tributo al pasado; lo que es inevitable en obras de este género: su "Congreso confederal", que discute si han de ponerse a cargo de la sociedad los niños, los inválidos y los ancianos, a mi parecer, se ocupa de asuntos que serán resueltos en el acto; y cuando decide que ninguna cooperación, ningún servicio social podrá "considerarse separado de la comunidad", resuelve un problema que únicamente podrá resolver la vida local. En cuanto al "Comité Con-

federal", toma mucho del gobierno derribado.

Pero ese es el caso: precisamente esas grandes cuestiones son materia de discusión. Los autores nos las presentan; nos señalan una tendencia: a nosotros corresponde reflexionar antes que la Revolución nos llame a ejecutar. Y es seguro que quien se inspire en el espíritu del libro de Pataud y Pouget estará a punto de pronunciarse sobre esas cuestiones con clara independencia de juicio, siendo probable que halle la centralización inútil y pueda sugerir medios de evitarla.

Lo que se recomienda además en este libro a la atención de los lectores, es el espíritu de tolerancia para las diversas tendencias, diferentes de las de los autores, de que está impregnado — espíritu de tolerancia y de bondad muy característica de la mentalidad de las poblaciones obreras francesas, y que contrasta fuertemente con el amor al reglamento y a la ley general, tan arraigado todavía en las naciones que no han pasado por el experimento revolucionario que pasó la nación francesa.

La tendencia a las conciliaciones se ve también en la idea nueva de los autores, proponiendo la combinación del comunismo para todos los objetos de primera necesidad con el "carnet de los bonos de trabajo" para los objetos de lujo, entregado a cada miembro de la sociedad. Esta idea, que recuerda la del *Vigésimo siglo*, de Bellamy, merece ser muy discutida.

Por último, la misma tolerancia se halla también en esa otra proposición de expropiación y de explotación de las grandes propiedades territoriales por los sindicatos de obreros agrícolas, de una parte, y, de otra, la conservación de las pequeñas y medianas explotaciones territoriales que continuarían valoradas por sus ocupantes actuales.

Fieles a ese principio de tolerancia, los autores, con mucha razón, conceden también primordial importancia a la *propaganda por el ejemplo*, en lugar de poner su esperanza en el voto, la ley y la guillotina para los recalitrantes.

Bueno hubiera sido verles aplicar más ampliamente ese principio a las poblaciones de cárceles y presidios. Un golpe de audacia, como el de Pinel, después de haber servido de ejemplo, levantará un día todas las dudas sobre este asunto.

El único reproche que me permitiré hacer a los autores — una observación más bien que un reproche — consiste en haber considerablemente atenuado la resistencia que probablemente encontrará en su camino la revolución social. El fracaso de la tentativa revolucionaria en Rusia nos ha demostrado todo el peligro de una ilusión de ese género.

Esa resistencia no será ciertamente amenazadora si desde ahora el *espíritu revolucionario* — el ánimo demoleedor de las instituciones — se difunde por los campos a la vez que el *espíritu de rebeldía* porque en tal caso el éxito de la revolución es seguro. Por desgracia, no hay tal seguridad. Conocemos excelentes rebeldes, dotados de valor personal a toda prueba, que carecen del valor del espíritu revolucionario.

El temor tiene fundamento respecto de regiones enteras, a las cuales conviene dirigir los esfuerzos de quienes, como los autores de este libro, conciben la Revolución, no como un reinado del Terror y una siega de cabezas humanas, sino como una corta del bosque capitalista y estatista.

Para un partido parlamentario, que espera sus triunfos de las ficticias mayorías electorales — y para los jacobinos que cuentan todavía con el terror inspirado por sus "columnas infernales" —, las regiones atrasadas pueden pasar por cantidad despreciable; porque olvidan — o quizá no lo han sabido nunca — las heridas sangrientas que causaron en 1793 el Mediodía y la Vendée; mas para los que sabemos que el Pueblo hará la Revolución o la Revolución no se hará... la conquista intelectual de las Vendées futuras se impone como un deber imperioso.

Si a esto no nos aplicamos, pronto hallaremos que

las ideas socialistas, tal como hasta el día se han propagado, han quedado incompletas; descubriremos que el ideal es todavía desconocido en esas regiones, y entonces, con el desaliento de los fracasados comprenderemos lo que ha de hacerse para ganar toda la Francia agrícola a la Revolución.

En todo eso nos hace pensar el libro de Pataud y Pouget, y por ello debe difundirse, leerse y discutirse en todas partes.

Así sabremos mejor lo que queremos, y la Revolución encontrará menos obstáculos en su camino; habrá de sostener menos luchas y costará menos víctimas.

27 Febrero 1911

(Prefacio a "Cómo haremos la revolución", de Pataud y Pouget).



BIBLIOGRAFIA

LEON TOLSTOI. — *Anissia*. Narración de una campesina rusa, vista y corregida por... Versión española de Delaville. Biblioteca Editorial de "Estudios", Valencia, 1929. 160 páginas. Precio: 3 pesetas.

Se trata de la obrita sobre cuya paternidad se discute y que fuera publicada hace unos años por *La Nación* de Buenos Aires con el título dado por el traductor francés, *Mi vida*. Sea o no de Tolstoy, la narración es digna de él y su lectura merece recomendarse a todos.

DELIO MORALES. — *Pandilla de hombres honrados*. Vida de aventureros honestos y esforzados martingalistas. — Buenos Aires, 1929, 197 páginas.

Como en una película cinematográfica, Delio Morales nos hace contemplar un desfile de caracteres del hampa comercial, política y literaria, con estilo sabroso y constante amenidad. Libro que se lee de un tirón, sin esfuerzo y tiene, como los anteriores del mismo autor, "Raymundo Nansen el Atormentado", "Pausarac", una característica reveladora de una personalidad literaria inconfundible.

MAX NETTLAU. — *Zur Geschichte der spanischen Internationale und Landesfoederation (1868-1889)*. Extracto del *Archiv fuer die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, 66 páginas.

En el *Archiv* que dirige el profesor Grueberg, nuestro compañero Nettlau está publicando un resumen histórico de la Internacional española y de la Federación regional; la primera parte abarca desde su orígenes hasta 1881; la segunda, todavía no publicada, llegará hasta 1889. La mayor parte de esos materiales figuran en un libro todavía inédito y que esperamos poder publicar en breve, complemento de *Bakunin, la Internacional y la Alianza en España*.

P. SCHICCHI. — *Casa Savoia*. Vol. II. Edizione de "L'Aurora". 202 págs. en 8.º; East, Boston, 1929.

Un libelo que no hace ningún daño a la monarquía italiana y que parece escrito desde un manicomio. Es deplorable que semejantes cosas puedan ver la luz con el apoyo de anarquistas.

Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

MAX NETTLAU.—

"Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España" 1886-1873) Edición especial, papel pluma	\$ 0.50
Encuadrado en tela	" 1.—
"Errico Malatesta". — La vida de un anarquista. Traducción de Diego Abad de Santillán	" 2.50
Edición especial, papel pluma	" 1.20
Encuadrado en tela	" 2.—
"Fernand Pelloutier y el sindicalismo"	" 3.50
	" 0.15

RUDOLF ROCKER.—

"Johann Most, la vida de un rebelde". Prólogo de A. Berkman. Dos tomos. Precio de cada tomo	" 1.50
"La maldición del practicismo"	" 0.10

RUDEKNO.—

"En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista". — Trad. del ruso por J. Company	" 0.15
--	--------

JAMES GUILLAUME.—

"Miguel Bakunin" (Noticia biográfica)	" 0.20
---	--------

MIGUEL BAKUNIN.—

(Obras Completas)

I "La Revolución Social en Francia". — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Traducción de D. Abad de Santillán	" 1.50
II "La Revolución Social en Francia". — Tomo segundo. Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
III "Consideraciones filosóficas". — Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
IV "Dios y el Estado". — Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
Los mismos, encuad. en tela ..	" 3.50

ERRICO MALATESTA.—

"Anarquía"	" 0.20
"En el Café". — Traducción de D. A. de Santillán. Prólogo de L. Fabbri ..	" 0.30
"En Tiempo de Elecciones"	" 0.10

PEDRO KROPOTKIN.—

"Palabras de un Rebelde"	" 1.—
"Conferencias. I) El Estado, su rol histórico. — El Estado Moderno" ..	" 0.50
Encuadrado en tela	" 1.50
"A los jóvenes"	" 0.10

LUIS FABBRI.—

"Cartas a una mujer sobre la anarquía"	" 0.50
Encuad. en tela	" 1.50
"Influencias burguesas sobre el anarquismo"	" 0.20

C. LOMBROSO y R. MELLA.—

"Los anarquistas" (Estudio y réplica) ..	" 1.—
--	-------

NIDO, ROCKER y NEMO.—

"Nacionalismo y anarquismo"	" 0.20
-----------------------------------	--------

SEBASTIAN FAURE.—

"Mi Comunismo" (La felicidad universal)	" 2.—
Encuadrado en tela	" 3.50
"Temas Subversivos"	" 1.50

También se vende en folletos, a 10 centavos cada uno, con los siguientes títulos:

La falsa redención. — La dictadura de la burguesía. — La patria de los ricos. — La podredumbre parlamentaria. — La moral oficial y... la otra. — La mujer. — El niño. — Las familias numerosas. — Los oficios odiosos. — Las fuerzas de la revolución. — La conmoción revolucionaria. — La verdadera redención.

J. DEJACQUE.—

"El Humanisferio". — Prólogo de Max Nettlau y Eliseo Reclus	" 0.50
---	--------

WILLIAM MORRIS.—

"Noticias de ninguna parte"	" 1.—
-----------------------------------	-------

NICOLAI GOGOL.—

"Almas Muertas" (2 tomos)	\$ 2.—
---------------------------------	--------

ELISEO RECLUS.—

"A mi hermano el campesino"	" 0.10
"La anarquía y la iglesia"	" 0.10

JUAN CRUSAO.—

"Carta Gaucha". 7.ª edición	" 0.10
-----------------------------------	--------

D. A. DE SANTILLAN.—

"La jornada de seis horas". — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo ..	" 0.10
--	--------

AGUSTIN SOUCHY.—

"La Ucrania revolucionaria". (Resultado de un viaje de estudio desde el mes de abril a octubre de 1920) ..	" 0.30
--	--------

S. RADOWITZKY.—

"La voz de mi conciencia"	" 0.10
---------------------------------	--------

VARIOS.—

"Certamen Internacional de LA PROTESTA". — Un volumen en 4.º, encuadrado en tela	" 2.—
--	-------

ANSELMO LORENZO.—

"El derecho a la evolución"	" 0.10
-----------------------------------	--------

ANA M. MOZZONI.—

"A las hijas del pueblo"	" 0.10
--------------------------------	--------

JOHANN MOST.—

"La Peste Religiosa"	" 0.10
----------------------------	--------